



Otras Vidas

Activismo y  
Resiliencia  
Trans en Chile

Katty Fontey

Silvia Parada

Carla Sepúlveda







Katty Fontey

Silvia Parada

Carla Sepúlveda

Impreso en Santiago, Chile.  
Abril 2021

Imprenta: Ograma

Todo el material fotográfico publicado en este libro, pertenece al archivo personal de cada una de las entrevistadas y a recortes de los diarios "*El Mercurio*", "*La Segunda*" y "*Las Últimas Noticias*".

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro sin autorización de sus editores.  
Todos los derechos reservados.

Proyecto financiado  
por FONDART, de  
asignación Regional RM,  
convocatoria 2020



Otras Vidas

Activismo y  
Resiliencia  
Trans en Chile

Katty Fontey

Silvia Parada

Carla Sepúlveda





*Cualquiera que sea la libertad por la que luchamos, debe ser una libertad basada en la igualdad.*

Judith Butler

*¿Cuántos años le ha llevado a la gente darse cuenta de que todos somos hermanos y hermanas y seres humanos en la raza humana?*

Marsha P. Johnson  
Mujer transgénera afroamericana,  
activista por los derechos LGTBIQ+



A la Paloma, la Luchita, la Bárbara Cock,  
la Karina Parra, la Raquel, la Diente,  
la Mafalda, la Laucha, la Maribel de Talca,  
la Miguelina de Temuco, la Lorena, la Hally  
de Concepción, la Nicol de Antofagasta,  
la Ilusión Marina, la Heidi, la Muñeca,  
la Monja, la Doctora, la Carla Mono,  
la Silvia Tortuga, la Pepona, la Zuliana y  
tantas compañeras que han sido parte  
de esta gran lucha social.

## PRÓLOGO

El proyecto Otras Vidas, concretizado en este libro, surgió como idea en 2016, en una conversación que sostuve con Silvia Parada. Ella, que fue presidenta de la primera organización trans de Chile, compartió conmigo su inquietud acerca del registro histórico y social del proceso que ha seguido la transgeneridad en nuestro país. El temor a la pérdida de la traza del camino recorrido y por lo tanto, de la información testimonial y gráfica que sostiene la veracidad de algunos hechos, se sumaba al deseo de reivindicación y reparación de las personas transgéneras, procesos indispensables para la construcción de una nueva realidad país.

Asumiendo que la consignación del registro deviene finalmente en la reconstrucción de la memoria, es también una vía a la recuperación de lo propio, de la identidad nacional conformada por multiplicidad de identidades personales y colectivas en un territorio, del conocimiento, reconocimiento y entendimiento de la alteridad que conduce a la empatía y finalmente, al cambio de ciertas conductas y expresiones malsanas y crueles.

El miedo al Otro, a la Otra, el temor al que es diferente, el odio y la rabia ante el que se atreve a defender su diferencia, son emociones que se expresan en actitudes y acciones indeseables, que agreden e intentan destruir a ese Otro, Otra. Cómo cambiar esto, se preguntaba Silvia, cómo hacer para que la gente conozca, sepa, entienda.

El libro surgió como una propuesta natural a esta inquietud, a partir de lo que conocíamos y sabíamos hacer: un levantamiento testimonial, georreferenciado para recuperar pedazos de historias, vestigios de espacios urbanos, costumbres, miradas, lenguaje con una perspectiva intimista y personal, buscando la emoción y lo no revelado que subsiste en lo profundo.

Pasamos un tiempo conversando acerca de este proyecto que no podíamos concretar solo nosotras. Era necesario un equipo que lo sostuviera e impulsara desde las experticias y experiencias profesionales de sus integrantes. Consideramos entonces que la foto debía ser el soporte visual de la historia contada y que, en su dimensión intertextual acompañara las palabras propias y genuinas.

Así fue que la fotógrafa Constanza Bravo Granadino aceptó formar parte de este equipo pequeño en el que aún trabajábamos perfilando ideas. Ella aportó su mirada profesional y comprometida para establecer una forma de trabajar la imagen en conjunto con la palabra, logrando estructurar un registro de imágenes

que reunió fotos personales, registro nacional y actual y fotos que ella misma hizo en el recorrido por las historias de vida que componen el libro, en el estrecho contacto con sus protagonistas. Además, se hizo cargo de la gestión del proyecto, que empezaba a ser una realidad.

Iniciamos el levantamiento de información sin contar aún con financiamiento pero poniendo nuestras mejores energías y entusiasmo para conseguir los objetivos propuestos. La entrevista semi estructurada fue el instrumento de recuperación de información en el terreno, así como también la foto y la recuperación del momento histórico que estaba tras la imagen.

Para financiar la publicación, postulamos a fondos de cultura y fondos internacionales destinados a proyectos para transgéneras, sin lograr el objetivo, lo que nos demoró un par de años. Hasta que el proyecto ganó un fondo de cultura del Ministerio de las Culturas y las Artes en 2020. En este punto, se integró a nuestro equipo el diseñador Nicolás Venturelli, quien se encargó del diseño y la diagramación del libro.

Cada levantamiento testimonial georreferenciado, significó horas de trabajo en terreno con cada una de las mujeres trans que tuvieron la generosidad de compartir sus historias con nosotras. Cada salida significó adentrarse en la intimidad de estas mujeres, compartir el asombro, la nostalgia, el dolor y la convicción de las protagonistas. También recorrer las calles y estar en los espacios urbanos que tenían un sentido emocional importante para ellas, aprender de lo ocurrido, de la cotidianidad. Cada instante vivido en esta travesía significó un crecimiento para el equipo, tanto en la dimensión profesional como en la dimensión humana.

Este libro, que estará en los anaqueles de la Biblioteca de Santiago a disposición de la comunidad, busca ser una instancia de diálogo y también un gesto de reivindicación y reconocimiento a las mujeres transgéneras que murieron sin que sus derechos sexuales y ciudadanos fueran reconocidos. Mujeres transgéneras chilenas que nos hablan desde espacios abiertos a través de las voces de otras mujeres transgéneras chilenas que visibilizan sus nombres.

Gabriela Aguilera Valdivia  
Escritora



# BAILANDO EL MAMBO CON TACO AGUJA

## Katty Fontey

"Los prostíbulos de San Camilo y de Maipú no tenían permisos y los cabrones dueños de los prostíbulos se arrancaban. El cabrón era cola también pero antes que nada, era cabrón. El cabrón homosexual era respetado porque tenía plata, si ponía un negocio lo iban a respetar y nunca le pasaba nada. La Condesa y el Cheno eran cabrones colas con plata.

El cabrón se arreglaba con los que venían en la Pesca, los atendía, les ponía una mesa, les pasaba plata. Estaba en otro status, su situación era muy distinta a la de un maricón de calle, un maricón puto. Una era un maricón puto."

## CALLE SAN CAMILO: LOS PROSTÍBULOS

Salí de mi casa para el Mundial del 62' y nunca más volví.

Nací en provincia y llegué a Santiago a los siete años porque mi papá me mandó para acá a cargo de una empleada. Eso fue porque mi papá tenía un chofer que me llevaba al colegio y él me gustaba. Jugaba con él, le daba besos en el cuello, en el pecho. Se podría decir que yo lo seduje y una tarde nos arrancamos al cerro. Cuando mi papá supo, se enojó mucho y lo único que se le ocurrió fue sacarme de la casa y mandarme para Santiago.

Estudí en el Liceo Lastarria y cuando tenía como catorce años, me enamoré de un compañero que era el hijo del director del colegio. Los dos nos enamoramos y en una oportunidad nos metimos a la sala de música y nos pillaron besándonos arriba del piano. El director estaba furioso, su hijo era su orgullo. Me expulsaron y nos iban a separar, entonces decidimos escaparnos juntos. Anduvimos en la calle mucho tiempo, pedíamos para comer o pasábamos hambre, nomás. El director puso la denuncia así que nosotros sabíamos que nos andaban buscando. Y nos pillaron. Fue la primera vez que caí presa, la primera vez que conocí una comisaría por dentro pero no me trataron mal porque era menor de edad. Me llevaron a la Casa del Niño. De mi compañero, nunca más supe.

En la Casa del Niño lo pasé mal. Me arranqué y volví a la calle. Una trans a la que le decían “La Doctora”, muy conocida en ese tiempo, me trajo a San Camilo para que no anduviera leseando en la calle, en las plazas, dando bote... porque era más arriesgado. Me recibió la Jorge la Pelá, pero solo para los mandados porque yo era menor de edad. La primera vez que estuve en la calle prostituyéndome, fue acá en San Camilo. Mucho después conocí al Juaniquillo, el hombre que me llevó al barrio Maipú.

San Camilo era un barrio rojo, un barrio de prostíbulos que empezaba en San Camilo con Diez de Julio y terminaba en Santa Victoria. En Diez de Julio había una farmacia, que ya no existe, donde podíamos escondernos cuando aparecía la Comisión Civil, Investigaciones o los pacos a hacer redadas. Les teníamos terror. Si sabíamos que iba a haber Comisión en San Camilo, nos íbamos a Maipú. Cuando iba a pasar por Maipú, entonces volvíamos para acá. Era fácil arrancar por este lado porque por Diez de Julio pasaba mucha locomoción.

En esos años, las casas no tenían rejas en las ventanas ni en las puertas así que cuando los pacos o los tiras venían a hacer redada, pateaban las puertas y entraban, nomás. Nosotras armábamos caletas en los entretechos y ahí nos metíamos para escondernos.







El regente se quedaba afuera para abrirnos después que se iban los de la Comisión. Algunos ratis se metían igual al entretecho a perseguirnos... Eso, por el solo hecho de ser homosexuales. No era por crimen ni por asalto pero éramos más buscadas que los que hacen portonazos hoy día.

Nos agarraban y nos echaban a todos arriba de la micro. Ahí empezaban a partearnos por alcohol y después nos llevaban a la comisaría. La acusación más usada era ofensa a la moral y las buenas costumbres. No había derechos pa una, así que a la cárcel, nomás. Nos obligaban a sacarnos la ropa de mujer y la hacían tira. Pasábamos con puros calzones pa la cárcel.

Por San Camilo, cerca de la esquina con Diez de Julio, estaba el hotel de la Doris. “Casa de citas”, se decía en esos años; ahora les dicen “motel”. Después del hotel de Doris había casas, clandestinos, prostíbulos, almacenes. Para allá, hacia el centro, estaba la casa del Chico Lucho. Aquí también se ponía una feria que llegaba hasta Argomedo. Una se asomaba a la puerta y compraba la verdura sin necesidad de caminar la feria completa.

Había una fuente de soda en San Camilo con Santa Isabel que se llamaba Nueva York. Al frente estaba la casa del Guatón Humberto. En la otra esquina estaba la casa de doña Lupe Alfaro. Ahí mataron a una cola y quedó una animita por muchos años.

San Camilo era un barrio de casas pero todos sabían que esas casas eran cahuines y acá funcionaba el mismo sistema que había en Maipú. Después del Golpe se acabó todo.

Cuando nos agarraban, nos llevaban a la “Pesca Grande”. Así le decían al cuartel de Investigaciones que estaba frente a la Cárcel Pública, en la calle General Mackenna. Si allá había guardia buena, nos tenían un rato y nos soltaban. A veces nos pelaban al cero, nos bañaban y nos echaban a la calle en la tarde o en la noche. Pero si había guardia mala, nos pasaban al juzgado. Si caíamos el viernes, estábamos todo el fin de semana adentro y el lunes nos pasaban al Juzgado de Policía Local. Teníamos que salir así, tal como estábamos, nomás. Los gráficos del diario El Clarín, que era como el diario La Cuarta de hoy, estaban siempre en la puerta de la cárcel y nos fotografiaban cuando nos sacaban para llevarnos al juzgado. Algunas colas lograban rescatar las pelucas que los ratis les habían quitado cuando las habían detenido. Si no, teníamos que taparnos la cabeza como podíamos o con los mismos chalecos nos hacíamos turbantes. Me acuerdo de la Brenda Pera, que salía pelá y con la peluca en la mano. Nuestras fotos aparecían en portada, en primera página.

Los de El Clarín hacían entrevistas, se metían en los prostíbulos a sacar fotos, igual que los del VEA y los de otra revista que salió un tiempo después, que se llamaba Santiago de Noche. Ahí salieron entrevistados algunos dueños de prostíbulos, como la Carlina y el Mario. Las más conocidas acá eran la finá Viviana, la Natacha Méndez y la Chalva. La más conocida en Maipú era la Marcia. La Natacha Méndez era una mujer. En esos años no se usaban hormonas y jamás se habría pensado que ella era trans. Era una morena linda... También estaba la Sandra chica, que era igual a la Liz Taylor. Y tenían todo natural.

Acá vivía la Inspiración, que es la única que queda porque no ha querido vender su propiedad y su casa tenía un pedazo grande. Vive en otro lado ahora pero no quiere vender esto. No le han expropiado de milagro porque al que no quiere vender, le expropián, nomás y listo.

El guatón Humberto tenía su casa aquí, después venía la fuente de soda Nueva York y al frente de esa, había otra fuente de soda. Estaba la casa de la Carmen Becaché, la de la Carmen Vergara, la casa de la Jorge la Pelá. Tenía aquí la casa donde vivía ella y el prostíbulo en la vereda del frente. Entonces, cuando llegaba la Comisión, podíamos atravesar corriendo y venirnos del prostíbulo para escondernos en la casa particular de la Jorge la Pelá.

Ya no hay barrios rojos. Ahora las cabras tienen que estar en la calle nomás, o en departamentos que hay en el centro, en Huérfanos, en Ahumada... Otros barrios rojos conocidos en esos años eran Vivaceta, Maipú, Bulnes, los callejones de Ricantén, y San Pablo. Ahí también estaban las quintas de recreo, que eran iguales a los prostíbulos. Los prostíbulos más famosos eran el de la Lola Puñales y el de la Nena del Banjo. Estaba El Buque en Ricantén, que era un pasaje de puros colas. Uno atravesaba la Avenida Matta y ahí se metía a Ricantén. En la calle Curicó también había prostíbulos. No sé si existirán todavía esas partes.

Cuando estuve en San Camilo trabajé mucho tiempo en distintas casas... con la Flavia, el chico Lucho, el guatón Humberto, la Carmen Vergara, doña Lupe, doña Guille. A ella, que era una cabrona, la mataron en el salón por un vuelto y una ponchera. Hicieron tonto a un cliente y el hombre se dio cuenta y se puso furioso. Parece que era de la mafia y la baleó. Es que doña Guille era chora. Se balearon ambos y ella murió justo ahí, en la puerta del prostíbulo. En todo caso, esas cosas no pasaban siempre. Sí había peleas entre hombres y mujeres o peleas de curados pero no había drogas. Pastillas, sí: Ritalín, Sarcál, Desbutal. Una las

tomaba para poder estar en la calle en las noches, para llamar a los hombres, estar con los hombres pero no para seguir tomándolas en la semana.

Cuando pasaba algo malo y terminaba con alguien herido, lo llevábamos a la Posta Central, ahí en la calle Portugal. Por ejemplo, cuando balearon a la finá Viviana, partimos con ella para allá a pie, nomás. La baleó un rati en una redada. Es que era muy collerera la finá Viviana... Una vez le pegó a un teniente y le quitó el sable. Después, con el mismo sable se las dio al teniente. Ella era terrible. Tenía el pelo muy largo. Era india, hija de uno de esos hombres que trabajaban matando animales, un matarife.

La Lucha es de ese tiempo igual que yo, caíamos presas juntas. Todas las que aparecieron en el libro La Manzana de Adán, también son de esa época.

Me acuerdo de la Dolly Pen... El Dolly Pen era un desodorante que venía en barra en un frasco de vidrio y como ella era tan mala para el desodorante, le pusieron así. Era muy linda. Se parecía a la Sara Montiel y se pintaba muy bien. Había colas muy hermosas en esos años y con todo natural. Ahora las cabras, como ven que otras lo hacen, quieren imitar y se ponen silicona, se operan. Después se arrepienten.

Veo que la mente de la nueva generación está cambiando. No saben si quieren ser gays, si quieren ser bisexuales, si quieren ser trans. No lo entiendo. Yo creo que si una nace homosexual es porque quiere ser mujer, no sé si quiere ser hombre. El que nace, nace. Y el que no... no, nomás.

Cuando estaba en el colegio yo no sabía que existía la palabra "trans". Lo que sí sabía es que me gustaban los hombres y quería ser mujer, hacer el papel de mujer, que me trataran como los hombres tratan a las mujeres, pololear, atracar, mandarse papelititos y cartas y sufrir por amor, por el hombre. Como Romeo y Julieta, como la Cenicienta y la Bella Durmiente. Una sabía lo que quería.

Ahora en San Camilo todo ha cambiado. Pensé que lo iba a encontrar como un barrio común y corriente, nomás. Nunca imaginé que habían construido estos edificios. Es impresionante. Quién va a pensar que aquí había un barrio rojo igual que el de Maipú... Pero allá no lo han cambiado tanto como acá. Este parece otro barrio. Ya no hay nada de lo que había en esos años. Veo que hasta le cambiaron el nombre a la calle. Ya no se llama San Camilo: le pusieron Fray Camilo Henríquez.

Me da nostalgia... Una nunca imaginó que este barrio iba a evolucionar tanto y menos que iba a estar viva para verlo.









## CALLE MAIPÚ: EL POSTE 8

Este barrio rojo se parecía mucho a San Camilo. Igual que allá, muchas dueñas de prostíbulos tenían sus casas particulares cerca del negocio, cerca de los prostíbulos.

Acá yo trabajaba en una sola casa: tenía el número 8, estaba a la entradita de la calle. Justo frente a la casa estaba el poste del alumbrado público y yo me ponía ahí. Era el poste del 8.

Cuando llegaba un cliente que no quería ocuparse al tiro, lo llevábamos al 20 o a otra casa conocida y ahí nos entreteníamos tomando o bailando. Había bastante vida en esta calle. Para pasarlo bien y para pasarlo mal.

Cuando la Comisión nos pasaba al juzgado que nos tocaba, los jueces decidían si nos soltaban o nos dejaban presas cinco días. Si una juntaba muchas ofensas a la moral, podían condenarla a dos o tres meses de cárcel. Nos llevaban presas a la Cárcel Pública, que estaba en la calle General Mackenna, frente a Investigaciones. En la Cárcel Pública había un lugar que le decían la 16 y ése era el espacio para nosotros, los homosexuales. La 16 estaba al lado del pensionado, donde estaban los que pagaban para estar en mejores condiciones ahí adentro.

En ese tiempo no había diferencia entre homosexuales y transgéneras. No se usaban esas palabras, éramos todos lo mismo: maricones, nomás. Yo ya era Katty cuando caía presa en esos años.

Cuando nos detenían en Maipú llegábamos casi todas a la 16: la Marcia, la Bebé, la Chalva, la Princesa, la Milenka, la Bambi, la Coneja, la Lucha. Ya existía el Blue Ballet, que estaba formado por transformistas que habían salido de la casa de la Carlina. Las coreografías se las hacía Paco Mairena. Pepe Aravena, que le decían El Padrino, era el dueño de la boite Lucerna y de La Sirena. Él fue el que tiró para arriba al Blue Ballet porque se los llevó y estuvieron presentándose en varias boites. Ése fue el único grupo de homosexuales que llegó hasta el Bim Bam Bum. Después, con los años, llegó otro grupo de afuera. Quedan como tres vivas del Blue Ballet. Falleció la Candy Du Bois, que era la dueña del Trianon, en los 80'. Después, un grupo formó el Royal Travesti Ballet. Yo fui una de esas. Hoy quedamos dos vivas, nomás.

Tengo recuerdos bonitos en el barrio Maipú. En esos tiempos los hombres la atendían a una, la trataban bien, la cuidaban, la sacaban a comer. Le daban a una, sobre todo los malandrines de alta alcurnia: los internacionales. Era bien tratada una.

Claro que lo pasábamos mal cuando nos llevaban presas y no faltaba la guardia mala, el teniente de los pacos o el de investigaciones que nos pelaba al cero. Y si le tenían fobia a los homosexuales, les hacían una ficha de monrero, de lanza, de cogotero. Una quedaba con ficha, cosa que si la detenían después por cualquier cosa, cuando la policía consultara con el nombre, les saltara eso y la agarraban presa al tiro.

En esos años los hombres sabían dónde ir y cómo era. Había sectores y cuadras importantes. “Vámonos a Maipú a celebrar, o vámonos a San Camilo, vamos a donde la Carlina, a Vivaceta”, decían. Ahora están todas las cabras en la calle, peligrando ellas y peligrando el cliente. Y si el cliente no tiene auto, no va. A pie, no va.

Antes no había tanta discriminación como ahora. Es cierto que los papás no nos aceptaban pero entre la gente común y corriente, una era bien recibida. Claro que también iba en el comportamiento de una. Pienso que ahora hay más discriminación.

Con la policía ahora el trato es mejor que antes porque no pelan a los homosexuales, una puede pasar por afuera de una comisaría, meterse y poner un reclamo, por ejemplo en Investigaciones y codearte con ellos. Antes cuándo... ¡Una les tenía terror! Me acuerdo que había un rati grande, guatón, que le decían Pascualito y era de la Pesca de Zañartu. Él se dedicaba a buscar homosexuales, parece que era su hobby. Además, era coimero. Exigía botellas de vino y pollos asados para no llevarse a los homosexuales y a veces hacía arreadas buenas. No sé si lo subían de grado si llevaba veinte o treinta homosexuales de una vez. Era un galardón para él. Así era Pascualito.

Como a las diez y media de la mañana empezaba el trajín acá. Había cités y parece que todavía quedan algunos. Esta era una quinta de recreo, una venía aquí a bailar. Todo lo demás está igual en esta calle. Era casas y casas, pegadas unas a otras.

Maipú 52. Este era un clandestino. Tiene esa reja para protegerse de los robos. Y sus techos de teja y calamina... tal como era antes.

El tráfico era de sur a norte en la calle Maipú. La Comisión entraba así también y nosotras arrancábamos para el otro lado. Hacían la encerrona por la Alameda y nosotras nos escondíamos en el teatro de la esquina, donde ahora hay un centro comercial. Nos escondíamos en los entretechos, en las murallas dobles que había en el teatro, en el cajón de una cómoda, debajo del catre. Había que buscárselas para esconderse. Una, como cabra que era, creía que era la más mala del mundo.



Caer presa era el terror más grande de una. Hoy muchas prefieren estar presas porque tienen de todo adentro: celular, internet... Pero si una tenía a un hombre en la cárcel, era diferente. Ahí una se hacía caer presa, una misma iba a pedir que se la llevaran presa para ir a ver al hombre. Eso era más bonito. Una lo pasaba bien cuando caía por cinco días, por ejemplo. Le mandaban cartas de amor, queques, tortas, carne. Una comía bien, se hacía la mina y los hombres se peleaban por una adentro. Pero era bueno por cinco días nomás, no para estar presa más tiempo.

Cada detención significaba una multa. La verdad es que nunca las pagábamos. Se acumulaban y por ejemplo, tener cincuenta detenciones por la misma causa daba para castigo: la condenaban a una a tres meses de cárcel y si eran más detenciones, podía ser un año. Si caía por un delito, se juntaban las ofensas a la moral con el delito que había cometido y podía ser más tiempo. Una vez estuve dos meses presa. Me acusaron de un hurto que yo no había cometido. Lo hizo la Brenda Pera que estaba en el otro poste, justo al lado del 8 donde estaba yo. Pasó un tipo y lo pesqué yo primero pero no lo pude achacar y se fue. Y ahí lo pescó la Brenda en el otro poste, el que estaba frente al 20. Ella hizo la causa pero el hombre se confundió y dijo que le habían robado en el poste de luz frente al 8 y como yo había sido la primera en pescarlo, me llevaron a mí. El hombre no se presentó a declarar y no me encontraron plata encima pero igual tuve la ofensa. Esa vez estuve presa dos meses, fue lo máximo que estuve. La finá Viviana me puso abogado y me sacó. La finá Viviana era un homosexual, éramos amigas, vivíamos juntas. Yo le conté todo y ahí se supo que la Brenda Pera había cometido el delito. Ella le pasó plata para el abogado y así me sacaron. Yo llevaba dos meses adentro y me estaba empezando a desesperar.

En ese tiempo, en la cárcel no había tanto problema con los homosexuales como ahora. Era tranquilo. Una se entretenía planchando, les lavaba la ropa a los gendarmes. Las que estábamos condenadas por delitos chicos, ayudábamos a las que estaban condenadas por delitos grandes. Ellas ya tenían su vida adentro, entonces una les ayudaba a lavar, planchar, entregarle la ropa a los presos. Los homosexuales no les daban problemas a los pacos y los pacos no eran tan malos, tampoco. Había pacos que cuando uno llegaba, ellos mismos le pasaban ropa a una y la iban a soltar del juzgado. Las colas de afuera le mandaban ropa de hombre a una y después había que devolverla.

Dicen que ahora es terrible adentro, que es una mafia, que cambió todo. Yo creo que eso pasó porque entró la droga. Hay mucha droga adentro. En la Cárcel Pública, en la 16, nunca





vi eso. Además, a los hombres que eran abusados adentro tampoco los metían con los homosexuales. Dicen que ahora, cuando un hombre no quiere que lo abusen los otros presos, dice que es homosexual y lo meten ahí, en el lugar que es de los homosexuales.

Las que caíamos en la 16 éramos las colas que salíamos de la calle Maipú. Uno escuchaba: “¡Llegó la Natacha! ¡Dile a la Paloma que le mande pantalones y una blusa!”. Y ahí le mandaban ropa a la Natacha, ella se cambiaba y quedaba lista para pasar al Juzgado.

Las celdas eran compartidas. Había un patio y podíamos estar en ese lugar. También llegábamos hasta donde estaban los pensionados. Ahí había un biombo por donde sacaban las cosas pa la calle y el portón por donde sacaban la basura. Hasta allá podíamos caminar porque había confianza. Cuando demolieron la Cárcel Pública, cambiaron a las colas para otras partes. Ahora hay una compañía de teléfonos en el lugar donde estaba la Cárcel Pública.

Los prostíbulos de San Camilo y de Maipú no tenían permisos y los cabrones dueños de los prostíbulos se arrancaban. El cabrón era cola también pero antes que nada, era cabrón. El cabrón homosexual era respetado porque tenía plata, si ponía un negocio lo iban a respetar y nunca le pasaba nada. La Condesa y el Cheno eran cabrones colas con plata. El cabrón se arreglaba con los que venían en la Pesca, los atendía, les ponía una mesa, les pasaba plata. Estaba en otro status, su situación era muy distinta a la de un maricón de calle, un maricón puto. Una era un maricón puto.

En ese tiempo la gente no venía a pelear sino a tomar y a pasarlo bien. Venían muchos ladrones internacionales que andaban con armas, con revólver. Y andaban tan pintiados que nosotras pensábamos que eran ratis. “¡Vienen los ratis!”, gritábamos y arrancábamos a escondernos. Y no, pues, eran los ladrones. Entonces nos avisaban: “No, niña, si son los amigos del Cheno”.

El Cheno le pagaba a un colita, Pedrito se llamaba, y él nos despertaba para almorzar. Para las que querían tomar desayuno les manejaba termo, el té, el azúcar. Una misma compraba el pan para tomar desayuno. El cabrón ponía el almuerzo, él se encargaba. Nosotras le cobrábamos al cliente y pagábamos la pieza. Si pedíamos trago pa la pieza, el cabrón no nos cobraba la pieza. Por ejemplo, yo pedía dos combinados, un pisco o una ponchera, y ya la pieza estaba pagada. Al cabrón le interesaba que hiciéramos gastar al cliente pero no éramos explotados porque uno veía su plata. Por ejemplo, le cobrábamos veinte al cliente, pagábamos cinco por la pieza y el resto era para nosotras, quince eran para nosotras.

La función de una asilada del prostíbulo era entrar clientes a la casa. Entre más clientes entráramos al salón, mejor. A los cabrones les daba lo mismo que achacáramos clientes en la calle pero no les gustaba que achacáramos clientes en el salón porque al final, eran ellos los que perdían.

A veces, el Cheno decía que nos desocupáramos temprano y fuéramos a comer una parrillada, así que más empeño le poníamos en hacer gastar al cliente. Después cerrábamos y nos íbamos en su auto y en radiotaxi Andes Pacífico, que eran los que había en ese tiempo. Íbamos a una quinta de recreo a comer y a bailar.

Había cabrones y cabrones. La Lola Puñales y la Flavia eran bien verdugas pero había cabrones regios también. En cada casa había más o menos diez mujeres y tres colitas, que podía ser el regento y dos pal salón, por ejemplo, u otro que hacía el almuerzo. Después se empezó a usar eso de permitir que se vistieran de mujer. Donde había más colitas vestidos de mujer era en el salón de la Carlina pero ella también empezó con mujeres, su casa era un cabaret de mujeres.

Si uno quería irse a otra casa, a otro prostíbulo, era muy fácil porque se iba, nomás. Una podía tener una deuda con la cabrona, por ejemplo, si ella le había comprado un vestido, una cartera o le había prestado plata. Entonces una preguntaba de cuánto era la deuda, después iba a la casa a la que se quería trasladar y le decía a la cabrona dueña: “Señora, quiero venirme, ¿me puede pagar la cuenta?”. Ella decía: “¿Cuánto debís? Trae la cuenta”. Ella pagaba la deuda de una y así una se cambiaba y le quedaba debiendo a la nueva cabrona. Nadie se enojaba porque una se cambiara de casa.

Antes, ser homosexual era la habilidad de una. El que tenía plata ponía una casa de putas. Una lesbiana ponía un restaurant. Las lesbianas nunca sufrieron las peripecias que sufrieron los homosexuales. No tienen trayectoria de calle, ni palos en la espalda ni las pelaron al cero. A veces, los de la Comisión se ponían bien malos y le tiraban agua con tierra a una, la arrastraban, le pegaban.

Había unas que se les iban en collera a los de la Comisión. La Paloma era una de éstas, tan luchadora y peleadora... Las otras éramos más señoritas. Caíamos presas, nomás.

Después del Golpe se acabó la noche bohemia en Chile, se acabaron los prostíbulos y al tiempo después aparecieron los circos de homosexuales. Se murieron los prostíbulos en la calle Maipú y solo quedaron unos poquitos, bien camuflados.

Supe que el año 77' en la calle Maipú empezaron a demoler, a echar las casas abajo. El teatro de la esquina también murió. Todo esto, que había sido un barrio rojo, se había terminado. Sé que



un solo restaurant pudo seguir funcionando un tiempo más pero después también cerró.

Me acuerdo de que ahí a la vuelta vivía la Coneja. Me contaron que la mató un cliente ahí mismo, en la pieza que arrendaba. No sé de cuántas puñaladas pero la vino a matar cuando ya no quedaban cuerdas de prostíbulos.

## CALLE CUETO: EL BAILE Y EL VIAJE

El negocio era tan bueno en esos años, que una salía a trabajar los jueves y viernes, las quincenas y los fines de mes. No tenía que estar todos los días en la calle para mantenerse. Yo me paraba en la esquina o en la puerta de alguna casa y pescaba. Claro que tenía que darle parte de lo que ganaba a la cabrona dueña de esa casa. En la noche, la calle era un mar de gente, de hombres. Y con dos o tres clientes que una pescaba, estaba lista. Para las cabras que vivían asiladas era diferente porque tenían que atender toda la semana y por eso pasaban asomadas a las ventanas.

Estuve trabajando en San Camilo hasta antes del Golpe. Fueron varios años hasta que me independicé y me fui a vivir a un cité en la calle Cueto, entre Erasmo Escala y Moneda. Todavía existe ese cité y está más o menos igual. Pasado un tiempo decidí dejar San Camilo y trabajar en la calle Maipú, nomás, que me quedaba más cerca.

Yo tenía cartel de achacadora, así que no me admitían en todas las casas porque a veces los clientes estaban gastando en lo mejor y yo los achacaba. Entonces se quedaban sin plata para pagar el consumo. La que siempre me admitía era la Flavia.

Fueron buenos esos años. Se veía la plata, se veían las joyas buenas, los anillos. Los hombres metían sus joyas y las argollas de matrimonio en los bolsillos perros del pantalón, esos chiquititos, para que no se las robáramos. Yo les sacaba las joyas de esos bolsillos. Oro del bueno en esos años.

No había problemas entre las dueñas de las casas y en Maipú funcionaban igual que en San Camilo. Algunos tenían casas en las dos calles, como el chico Lucho. El Condesa tenía en San Camilo, en Maipú, en los callejones de Ricantén y en Vivaceta y los hacía funcionar con regenta. En San Camilo le regentaba la Ketty, una colita flaca.

Las regentas eran colitas vestidas de hombre y tenían el poder de decisión. Recibían a los clientes que le pagaban a ellas, veían el almuerzo de las mujeres, le pagaban a la cocinera, era





como si fueran las dueñas de las casas. Las cuentas se las entregaban al dueño del prostíbulo el día lunes o a fin de mes. Algunos cabroneaban su propio prostíbulo como la Jorge la Pelá, el Mario, la Flavia, la Carmen Vergara. Igual, tenían una especie de regenta porque así podían acostarse más temprano y la regenta les veía el negocio.

Algunas casas tenían una ampolleta roja que servía de anuncio pero las más nombradas no tenían necesidad de poner la ampolleta porque todos las ubicaban. La casa del chico Lucho estaba pintada de rosado y los salones tenían unos espejos inmensos, de techo a suelo. Él era el único que tenía orquesta en vivo. Su casa estaba justo al medio del barrio y como toda cola, tenía buen gusto y sabía adornar. Era muy elegante la casa del chico Lucho... Los otros tenían discos, música envasada. Los salones tenían baldosas, eran pocos los salones picantes con piso de tablas. El guatón Humberto, la Carmen Vergara, la Lupe, la Jorge la Pelá tenían salones bonitos.

No tengo posibilidad de contarles estas historias a las trans jóvenes. Me junto con las antiguas y recordamos estas cosas. Las trans jóvenes viven su mundo, no nos pescan a las antiguas. Lo que sí he podido es aconsejar a algunas, les digo que no se pongan silicona porque se las ponen mal, les echan vaselina. Han muerto tantas... A algunas les han puesto silicona industrial y aunque hay silicona medicinal, no se la ponen porque quieren ser mujeres luego, no quieren hacer el proceso. Se ponen la silicona directo al pellejo, entonces se rompen todo. Han muerto muchas chiquillas jóvenes tanto por la silicona como por el VIH. Cuando hay esos congresos y charlas de salud se ve poca gente joven. El diagnóstico y las encuestas dicen que estas nuevas generaciones de trans tienen una expectativa de vida promedio de treinta y tres años... llegan hasta los treinta y tres años. Entonces yo, a mi edad, soy como un estandarte.

Antes no había enfermedades venéreas porque los dueños de los prostíbulos la llevaban a Sanidad a una. Jamás conocí el chancro, la gonorrea, la sífilis, la tuberculosis. Hace meses fui a una charla y dijeron que volvieron todas esas enfermedades, también por gente que viene de otros países y porque se acabó Sanidad. Antes, una podía salir coja del dolor por la penicilina pero estaba sana. Sanidad estaba en Mapocho, ahí íbamos todas una vez al mes y teníamos un carné de Sanidad. Entonces, cuando pasaba la Comisión y andaba de buenas, nos pedían el carné de Sanidad y una se salvaba de la detención. Si andaban de malas, la detenían a una y al día siguiente la llevaban a Sanidad ellos mismos. No sé por qué quitaron la Sanidad.

Viví en Talca también y allá se usaba mucho que los niños de las mujeres vivieran con ellas. Los cabrones les daban el desayuno, el almuerzo y el pan pa los niños chicos. Los cabrones alimentaban hasta al lacho, era mucha gente, como una población. Así era en Talca. En la 10 Oriente estaba la casa donde yo trabajé mientras estuve allá. En el prostíbulo había una cocina grande y llevaban las ollas pal primer plato y pal segundo y se compraban canastos de pan. En la 10 Oriente, la zona de prostíbulos llegaba hasta la 5 Sur y había casas por ambos lados, con patente y sin patente. Cada una tenía su letrero: El Parrón, El Zeppelin, El Dandy, El Derby, El Apolo 11, La Copa.

Por el mismo ambiente conocí al coreógrafo Sergio de Sica que me preguntó: “¿Y por qué no aprendís a bailar, a hacer otra cosa? Yo te enseño”. Me llevó a una boite bien pichiruche y me dijo: “A ver, baila algo”. Bailé una cumbia. Cuando terminé preguntó: “¿No te gusta el mambo? Sí, aprende a bailar el mambo que se baila a pata pelá pero tú, pa que salgai de lo común, aprende a bailarlo con taco aguja”. Sergio de Sica me presentó a Paco Mairena que en ese tiempo era muy famoso. Por enseñar a bailar, él pedía cincuenta pesos por hora, que serían como cinco mil pesos de hoy. Aprendí rápido y de ahí ya no volví más a los prostíbulos, no salí más a la calle y me dediqué a bailar y a hacer shows.

Otro tiempo en que me retiré de la calle fue cuando viví con un delincuente que me llevó a su casa y era mi pareja. El 73' lo mataron. Nunca lo encontraron.

Cuando fue el Golpe, yo arrendaba en el cité de Cueto. Había varias cabras de Maipú que arrendaban ahí y todas nos conocíamos. Esa mañana, cerca de mediodía, una se subió al techo y desde ahí alcanzaba a ver algo de lo que estaba pasando y nos iba contando a las que estábamos abajo. Se desmayó cuando vio que bombardeaban la Moneda y el humo que salía.

Después me fui de ese cité y me cambié a Maturana con San Pablo, pero la cosa estaba mala. La noche se había muerto, andaba poca gente en las calles, no había plata... Con otras colas conversamos y decidimos que había que irse de Chile porque esto no daba para más.

De todos los lugares donde se podía ir en ese momento, elegimos Mendoza. Necesitábamos plata para partir. Yo tenía mis ahorros y cosas para vender, además de mis joyas. Todo eso lo convertimos en plata. Éramos hartas las que queríamos irnos pero no podíamos salir de país todas juntas así que nos fuimos de a dos, en buses Cata. Y no era fácil como ahora pasar a la Argentina. Había que hacer cualquier papel.



Nos comunicábamos por carta y en la medida que podíamos, viajábamos y nos juntábamos en la misma residencial en Mendoza. En cuanto llegué me acerqué a una agencia de empleos donde me encontraron trabajo haciendo aseo. No tuve problemas para trabajar allá. Yo creo que porque nunca me amaché, siempre fui bien maricueca y eso caía bien. Me gustaba como era allá, me gustaba todo. Los hombres usaban pantalones rosados, amarillos, fucsia y nadie se fijaba. La única huasa era yo, que los miraba porque no podía creerlo. Cuándo un hombre se iba a poner algo rosado acá en Chile.

Nunca me faltó el trabajo mientras viví en la Argentina. Quería radicarme allá y tener la nacionalidad pero no pude. Como en Chile todo era cada vez más difícil, muchos chilenos llegaron a Argentina, se instalaron en todas partes y comenzaron a robar, a dar problemas.

El 75' decidí volver a Chile. Llegué a Valparaíso, a la casa de una amiga, la Janet. La Jorge Toro le decían. Ella me contó que la boite American Bar todavía existía y que llevara una foto a ver si podía trabajar haciendo show ahí. Le hice caso y me dejaron. Después fui a la boite La Cárcel, que estaba en Viña. Entonces hacía doblete: hacía mi show en las dos boites.

En Valparaíso había un circo chiquitito en el cerro Marina Mercante. Los dueños, el Darío y el René, después de hacer su función, bajaban a la boite American Bar y ahí me conocieron y me invitaron para que fuera a la carpa a hacer lo mismo. Hice mi show ahí y me gustó, así que me quedé.

El circo empezó a crecer. Yo me salí y me fui a Arica y a Iquique donde estuve harto tiempo. En el 92' pasó el circo por Iquique. Era su primera gira al norte. El Darío me pidió que volviera. Y ahí estaba la Flaca con su hijito de cuatro meses. Era tan bonito el niño que me entusiasmé y me quedé de nuevo en el circo. Era parte de la familia, así que cuando terminó la gira y se volvieron a Santiago, me vine con ellos. Ya no trabajo en el circo porque todo cambió, ya no es lo mismo. No me llama la atención aunque han aparecido circos nuevos.

## TRAVESCHILE: EL ENCUENTRO

Cuando llegué a Santiago, comencé a buscar a las amigas que había conocido muchos años antes. Me encontré con la Marilen, que había conocido en Talca. Ella me habló de Traveschile y me contó que la Lucha, mi amiga del tiempo de San Camilo,

pertenecía a esa agrupación. Me dio su teléfono y llamé a la Lucha, que me invitó a Traveschile para que viera de qué se trataba y cómo era.

La presidenta era la Silvia Parada y la Lucha le contó que me había invitado, que yo era la Katty Fontey, la Limón, que yo era artista. La Silvia me convidó al tiro, en cuanto me conoció. “Vamos a la casa”, me dijo y nos fuimos en su auto.

La Silvia vivía en la calle Madreselva, en la comuna de Macul, con su familia, su mamá, su hermana y su abuela. Todas me recibieron super bien, me atendieron. No cualquiera mete a su casa a una persona que apenas conoce. Yo valoro eso que hizo la Silvia. Hasta ese momento yo me había manejado sola y llegué a Traveschile por la amistad con la Lucha, no por el interés de estar en una agrupación. Pero en Traveschile me brindaron amistad y estaban otras amigas además de la Lucha, como la Maribel y la Fabiola Taylor de Valparaíso.

La Silvia se dio cuenta de que yo era conocida de norte a sur. La Fontey, la Limón, la que trabaja en revistas, en el Humoresque y el Picaresque, la que conocía las boites. Se dio cuenta de que yo tenía mi trayectoria.

La Silvia era la líder, conocida a nivel latinoamericano. Yo he seguido con ella porque siempre me gustó su modo. Como activista es un siete. Un diez. Y también su familia. Cuando cayó presa, me quedé a cargo de Traveschile pero era muy difícil porque yo no tenía los contactos que ella tenía, no hablaba como ella, que se desplaza tan bien, sabe las fechas, nombres y apellidos, hace proyectos, todo. Sabe de política. Yo era más bien una cara. Ahora he leído hartos y he aprendido pero me falta todavía. Una se traba y se pone nerviosa porque si una dice algo y las otras atacan lo que una está diciendo, igual da miedo.

Hoy funcionamos bien en Traveschile. Yo nunca he desmerecido a la Silvia, le aviso lo que pasa y nunca la he dejado de lado. Ella me ve los discursos, me apoya. Tenemos contactos en el extranjero, he viajado representando a Traveschile.

Hay varias otras agrupaciones pero no hay comunicación entre ellas, hay muchas peleas. En vez de unirnos, nos separamos. Un problema grande de Traveschile es que no tiene una sede, funcionamos en la peluquería de Manuel, en El Salto, pero es chica y está muy a trasmano, es difícil llegar. En la oficina de la Mujer de la Municipalidad de Recoleta, donde tenemos la personalidad jurídica, hemos pedido que nos den una sede y hasta ahora, no hay respuesta. Las funcionarias de ahí son amables y nos ayudan pero no pueden hacer nada más.



A estas alturas yo ya las hice todas, he pasado la meca y la seca. Me hubiera gustado tener una casa, a mis padres. Nunca fui buena para empinar el codo y hoy esos no son temas para mí, no son mis pensamientos. Yo iba a discoteques gay pero hay cosas que pasan ahí que a mí me chocan, que no van conmigo.

Hace un año fui a un congreso sobre el VIH y levanté la mano porque conozco la realidad de los locales nocturnos, como trabajé tanto tiempo en discoteques haciendo shows... Pregunté por qué no hablan con los dueños de las discos gay, que se llenan de plata a costa de los gays, para que entreguen preservativos como prevención. Se trata de prevenir una enfermedad. Pero no, los dueños de las discos les roban a los gays, los curan, y curados los echan a la calle para que los cogoteen. Entonces de qué estamos hablando cuando se dice que había explotación en San Camilo, que los cabrones de San Camilo explotaban a las colas. Y no, porque les daban una pieza, desayuno, almuerzo, onces.

Me gustaría atraer a otras trans a la agrupación, tener una sede para recibir las, tener un comedor solidario, hacerles talleres, clases... Hay una trayectoria que tiene Traveschile, eso no puede improvisarse. Y esa trayectoria es mérito de la Silvia Parada. Hay que reconocerle eso. Nosotras somos las trans históricas y nos diferenciamos de las que aparecieron ahora y las que están en espacios privilegiados porque pudieron educarse y hoy hablan de identidad de género, que me parece bien. Pero nosotras tenemos la trayectoria de la calle, de ese sufrimiento. A muchas nunca las apalearon, las pelaron al cero o las encerraron en una cárcel.

A nosotras, sí.



# LA LUCHA POR LOS DERECHOS

## Silvia Parada

“La mayoría de nuestras compañeras han muerto en la calle, asesinadas. Nunca se han investigado las muertes. Nuestra agrupación iba a hacer una denuncia a nivel internacional, queríamos que se investigaran esos casos y también los de las que fueron asesinadas y torturadas en la dictadura militar. Nos dijeron que solo los familiares directos pueden hacer una denuncia o poner una querrela. Tampoco podemos retirar los cuerpos del Servicio Médico Legal. Tiraron esos cuerpos, los hicieron desaparecer.”

## CALLE SAN EUGENIO: LA PLAZA

Me asumí a los siete años. No sentía que era David, quería ser otra persona.

Estudí en el colegio Nuestra Señora del Pilar y siempre fui cimarrera. No quería ir porque me molestaron desde que era cebra chica y mi hermana tenía que defenderme. Mi mamá, que era profesora, trabajaba mucho porque mi papá había muerto y había dejado deudas. Estaba mal, tenía que lidiar con esas preocupaciones, por eso no podía preocuparse tanto de nosotros. Salía a las seis y media de la mañana y llegaba a puro dormir.

Vivíamos en la calle Madreselva, en la comuna de Macul y pasábamos solos con mi hermana mayor. Mi abuela, que era obrera en una fábrica de cintas, me enseñó a leer a puros coscachos con el silabario Hispanoamericano, que tenía más monitos y por eso me gustaba. Mis tías y mi abuela nos sacaban a pasear. En ese tiempo se inauguró el metro y me acuerdo que hacia la Alameda estaban los letreros de Fantuzzi y Aluminios El Mono.

Dentro del núcleo familiar eran puras mujeres: mis hermanas, mi abuela, mi mamá, mi tía. Todos pensaban que me había influido el hecho de que no estuviera mi papá o que me influían mis hermanas para que yo fuera así. Y no, pues, yo siempre fui femenina, incluso más femenina que mis hermanas. A ellas les regalaban tacitas y yo se las cambiaba por las autopistas o las pelotas.

A los trece años me di cuenta de que no podía asumir la condición de gay porque yo no era gay. No me gustaba la ropa de varón. Me gustaban los vestidos, le sacaba el maquillaje a mis hermanas. Fui explorando mientras podía ser libre porque en mi familia tenía que asumir una condición masculina. Rompí ese esquema. Me iba pintada al colegio, por ejemplo. En el colegio, el día lunes, cuando se cantaba la canción nacional, la orientadora o la inspectora general me subían al escenario para que todos se cagaran de la risa de mí por mi condición y decían por el micrófono que cómo era posible que este alumno esté vestido así, que ande con los ojos pintados. Ellas me hicieron la vida imposible. A mi mamá la llamaban del colegio pero no podía ir y le encargaba a una tía que fuera. A mi tía yo le decía que se había suspendido la reunión. La engrupía porque era muy sapa mi tía y si me pillaba en algo, me pegaba.

Cuando tenía quince años, mi mamá supo que yo hacía la cimarra. Ella tenía un profesor amigo en el liceo 7 (que quedaba en Irarrázabal) y le pidió que me pusiera en la nocturna. Pensaba que así podía vigilarme para saber si yo iba a estudiar o no.

Fui como cuatro veces, nomás. Pasaba por el liceo pa que mi mamá no me cachara. Después, caminaba por Irrarázabal y llegaba a esta plaza vestida de escolar. En ese tiempo había más matas, más árboles y un escaño antiguo. En la mochila andaba trayendo ropa y zapatos de mujer que le sacaba a mi hermana mayor. Me cambiaba y dejaba la mochila con mi ropa escolar en una rama en este árbol. Después me iba a San Camilo. Como era cabra, los viejos me hacían chupete. Volvía a medianoche, me cambiaba y partía a mi casa.

Nuestra casa tenía dos piezas. Mi mamá se quedaba dormida en la pieza chica, antes de que yo llegara. Mi hermana sabía si yo estaba en la casa o no y después me echó al agua. Yo saltaba la reja y entraba por la ventana de la pieza grande, que me abría mi hermana. A ella tenía que pasarle plata. Mi hermana, la Negra, era terrible pa la plata.

De repente cacharon que yo siempre tenía plata. Les contaba que me la encontraba botada en la calle. Soy devota de Santa Gemita y les decía que ella me mandaba la plata. “Qué buena es la Santa Gemita contigo”, decía mi mamá. Hasta que mi hermana le contó que me vestía de mujer. Mi mamá me sacó la cresta. Me fui a la pieza a llorar y llegó a pedirme disculpas. A ella le costó más que a mi abuela entender mi condición. Yo no quería que me dijeran David, quería que me dijeran Silvia. La Leo, mi hermana del medio, fue la que les dijo: “Díganle Silvia, ella es Silvia”.

Yo me teñía el pelo pero la tintura era muy cara. Siluet era la marca, me acuerdo. Entonces compraba agua oxigenada y me echaba eso. ¡Horrible! Pero igual era rubia. Así era la teñida de pelo de los pobres en ese tiempo.

Llegué hasta segundo medio porque me hueviaban mucho en el colegio. A los dieciocho años me llamaron pa hacer el servicio militar, que en ese tiempo era obligatorio. Fui vestido de hombre al regimiento pero con el pelo rubio y los ojos pintados. Me hueviaron cuando llegué. Hablé con un milico y le dije: “Me llamaron para hacer el servicio y yo soy homosexual, no sé qué hacer”. “No tenís pa qué decirlo, poh, niña, se te nota a leguas”, me contestó. Esperé en una oficina hasta que llegó el comandante. Se oían los chiflidos afuera, gritaban “maricón”, “cocoliso”. “Qué te pasa a vos”, preguntó el comandante. “Quiero hacer el servicio militar”, le dije. “Chis, ni cagando, capaz que salgan todos maricones de aquí. Te dejamos y te comís a toos los hueones”, respondió. Yo quería hacerlo justamente por eso: pa comerme a los huevones adentro. El comandante dijo: “¿Sabís qué? Me gustó como soi, cabrito, porque igual dijiste la huea

como es. Te voy a poner “eximido por enfermedad”. Después fuimos a una cancha donde tenían a todos los hueones formados y les pegaban. Empezaron a silbar y el comandante dijo: “Este sí que es un hombre porque reconoce su condición”.

Salí de ahí eximida.

## CERRO SANTA LUCÍA: LAS PIEDRAS

Este cerro tiene un historial grande para la comunidad homosexual que trabajábamos en San Camilo porque nos juntábamos acá. Yo tenía trece o catorce años y llegaba primero al Cerro Santa Lucía, donde está el paso bajo nivel de Lira. Me metía a los pasos bajo nivel porque sabía que había hombres ahí, sabía que había sexo. La mayoría eran gays, en ese tiempo las travestis no podían andar de mujer en la calle.

Después de las 19:00, las chiquillas (como hombres), se iban a San Camilo y se cambiaban de ropa donde la Marina. Nos juntábamos todas al frente, en un restaurante que se llamaba El Churrasco. Era el 84’, el 85’. Había toque de queda y dictadura y en la noche, los milicos cuidaban el metro. Nosotras subíamos a tener sexo arriba cuando enganchábamos algún cliente en el paso bajo nivel de Lira. No existían rejas ni guardias en el cerro, como ahora. Hasta hace muy poco debe haber habido comercio sexual acá.

Nos juntábamos entre esas dos bajadas al paso de Lira. Éramos cinco: la Ninoska y la Piroaska que eran hermanas, la Marjorie y otra gorda que no me acuerdo del nombre. Llegaban los piquetes de carabineros y teníamos que correr para este lado. A veces nos hacían la pillá y teníamos que saltar la reja de abajo, tirarnos para la calle Lira y correr a Marcoleta. Ahí los pacos nos disparaban. Era peligroso.

La Alameda era una pura calle, no existía el bandejón central. Los puentes tenían una reja pero igual se metía gente ahí a tener sexo, a dormir, a drogarse, a robar. Nosotras recorríamos el cerro y de repente había huevones masturbándose. Nos sentábamos en estas piedras a esperar a los huevones. Estas piedras son históricas y el cerro servía para todo.

Veníamos de distintas partes. Yo, de la plaza San Eugenio, otras de Conchalí, la Marjorie de la población La Victoria, la Ninoska y la Piroaska, de Pudahuel. Eran hijos de un milico que siempre los rechazó. Cuando murió, ellas cuidaron a su mamá.



Pedidos de Gas: (800 20 9000)





Sufrieron harto porque el padre milico les sacaba la cresta todos los días y las echaba a la calle sin comer. La pasaron las cabras. Ahora están muertas.

Caí varias veces presa siendo menor de edad. Aquí me detuvieron y me llevaron al colectivo 3B de homosexuales en la Peni. Nos dejaban quince días y después nos daban la libertad. No respetaban a los menores de edad, metían a todos juntos, nomás. Primero pasábamos por la 4° comisaría, en Chiloé con Victoria, y después al colectivo 3B en la Peni. Si teníamos suerte, nos pescaba altiro el 17° Juzgado de Santiago y nos daban la libertad. Dependía de la actuario o del juez de turno. Si no, teníamos que esperar y nos dejaban salir a partir de las 19:00. Dependía de la voluntad de los gendarmes.

Cuando me detuvieron, mi mamá me buscó. Fue al Instituto Médico Legal, a las comisarías, a las postas. Vino al paso bajo nivel como a las dos de la mañana, arriesgándose a que la cogotearan o que le pasara cualquier cosa. Estaba lleno de hombres y le dijeron que había pasado el piquete ese día y me habían tomado presa. Ahí supo mi mamá que yo puteaba. La multa era de \$1500, harta plata. Mi mamá pagó la multa y salió.

No viví lo que vivió la Katty Fontey porque nunca usé peluca. Pero a las chiquillas sí les quitaban las pelucas, se las metían al wáter, les pegaban. También me sacaron la cresta, nos tiraban agua en la madrugada, esos calabozos eran terriblemente helados. Había caballerizas en la 4° comisaría y cuando los calabozos estaban repletos por las arriadas de fin de semana, a nosotras nos tiraban a las caballerizas con los caballos.

Aquí fue mi segunda detención pero la primera con los pacos.

La primera vez que me detuvieron fue en Portugal con la Alameda. Cinco huevones me tiraron al pickup de una camioneta Chevrolet doble cabina, me acuerdo. Me amarraron las manos y me llevaron pa una calle donde alcancé a ver el Castillo Rochet. Me bajaron a un subterráneo y me preguntaron mi nombre y mi dirección. Yo, cabra chica y flaquita, les dije todo. “No pasa ná”, dijo uno. Me dejaron en la comisaría de Los Tres Antonios. Ahí me fue a buscar mi mamá. Ella creyó que me habían detenido los carabineros y yo también pensé eso. Mucho después supe que en esa calle había una casa de tortura de la CNI. Ahora pienso que me habrían matado si mi mamá hubiera sido de izquierda o hubiera estado metida en política. Esa fue una detención que me dio miedo.

Si uno caía muchas veces por ofensas a la moral tenía que estar un mes presa y pagar las multas acumuladas. Los pacos nos pescaban, nos quitaban las carteras y cuando nos daban la

libertad, nos las devolvían sin plata. Nos robaban. Entonces teníamos que esperar que alguien supiera y nos trajera plata. Era multa o cumplimento.

Antiguamente, cuando caía presa, los presos me recibían, me convidaban un completo. Ahora es al revés: están esperando un cola que les lleve plata. En los tiempos de la Katty les gustaba caer porque tenían hombre, les mandaban cartas, cositas ricas para comer, les decían que eran bonitas. Ahora hay que entregar hasta el alma para que a una la atiendan un hueón.

Yo no elegí mi nombre. Un cola antiguo que llegaba a El Churrasco me puso así por la actriz Silvia Piñeiro. Yo era buena pal teatro, lloraba con los huevones, pedía que me dieran una moneda, decía que no tenía para comer. Por eso me pusieron Silvia. Hasta ese momento yo era David. Incluso vestido de mujer era David.

Las chiquillas con las que me juntaba acá fallecieron de VIH, tuberculosis, sífilis. No se cuidaban. Hoy existen servicios de salud pública pero no está estipulado que la policía, cuando detiene a personas que ejercen el comercio sexual, tengan que llevarlas a centros de salud pública para los exámenes. Antes era obligación. Hoy, cada una se controla cuando quiere y está aumentando el VIH, sobre todo entre la gente joven. Las propagandas del gobierno no sirven para nada. Es una realidad que no se puede desconocer.

El condón no es para el ano, es para la vagina y a los homosexuales les entregan condones que no son para el sexo anal. En otros países existen y son más gruesos, entonces no hay placer para la persona que penetra. Tiene que haber otros métodos. El látex no está sirviendo, la silicona la están viendo ahora. Hay un problema con el nonoxinol 9 que adelgaza la piel vaginal lo que facilita la transmisión de enfermedades de tipo sexual más frecuentemente que usando un preservativo sin nonoxinol 9. Es un problema que no está solucionado. Antes, en los hospitales entregaban un pote de vaselina sólida. Hoy entregan lubricante pero no sirve de nada y la información que entrega el Ministerio de Salud respecto a VIH vale hongo. Gastan la plata en posters y en propaganda que no lleva a nada.

Cuando había toque de queda todo se complicaba porque no andaba nadie en las calles y como no andaba nadie, no se ganaba plata. Las micros pasaban hasta cierta hora y estaban los piquetes de milicos en las estaciones del metro. Acá, en la Universidad Católica, yo era huiña para meterme con los milicos. Nos íbamos por entre las Torres San Borja y no me pagaban porque no tenían

plata. Los milicos eran terribles, mucho peor que los pacos pero nunca tuve problemas con ellos y con los pacos y los ratis, sí. Cuando tenían autoridad, abusaban.

Nuestra agrupación tiene un listado de transgéneras que murieron en extrañas circunstancias entre 1983 y 2004. Pero están involucrados hueones del gobierno, pacos y milicos están involucrados en esas muertes. Cuando denunciemos a los neonazis que atacaban a nuestras compañeras en la Gran Avenida nos dimos cuenta, a través de las patentes, de que eran autos dados de baja por el ejército y que los usaban los neonazis y grupos paramilitares. Hicimos los reclamos al inspector Rendic y a Alicia Mondaca, que era jefa de la Brigada de Delitos Sexuales de la PDI. Me llamaron, igual que a la Leonora Domínguez por el caso Spiniak, y me advirtieron que no anduviera hablando en los medios de comunicación si no tenía pruebas de lo que estaba diciendo.

Es diferente un listado de homosexuales a un listado de transgéneras. La mayoría de nuestras compañeras han muerto en la calle, asesinadas. Nunca se han investigado las muertes. Nuestra agrupación iba a hacer una denuncia a nivel internacional, queríamos que se investigaran esos casos y también los de las que fueron asesinadas y torturadas en la dictadura militar. Nos dijeron que solo los familiares directos pueden hacer una denuncia o poner una querrela. Tampoco podemos retirar los cuerpos del Servicio Médico Legal. Tiraron esos cuerpos, los hicieron desaparecer.

## CALLE SAN CAMILO: LA REPRESIÓN

La micro Carrascal Santa Julia pasaba por mi casa y tomaba por Avenida Matta. Yo me bajaba en la esquina de San Camilo, que desde Diez de Julio hasta Curicó era barrio rojo. Acá había puras casas de adobe. Ese pedazo era de la vieja Lupe Alfaro, del maricón Jorge y la Marina, que tenían prostíbulos. Aquí estaba el Nueva York, un restaurante donde vendían copete. Todas veníamos a tomar al Nueva York.

En San Camilo primero había mujeres. Ellas traían a los colas pa que les hicieran el aseo y cocinaran. De repente faltaban mujeres y las viejas cabronas hacían que los colas se vistieran de mujer pa ganar plata. Ahí las cabras agarraron papa porque tenían más posibilidades de ganar plata: a los huevones les gustaban los travestis. Las mujeres con pene empezaron a tomarse las calles.

El sector de prostíbulos en San Camilo estaba entre Argomedo y Santa Isabel. Cuando demolieron para construir los edificios, encontraron un subterráneo donde se escondían las trabajadoras sexuales cuando los milicos allanaban en el 76' y 77'. Yo no estaba aquí en esos años pero la transgéneras antiguas me contaron.

En la esquina está la casa que tenía una mampara y cuando venían los pacos, nosotras nos metíamos ahí. Era la única casa donde aceptaban que nos escondiéramos porque la señora era buena onda. En esta otra casa vivía una señora que era modista. Junto con la zona de prostíbulos, había casas comunes y corrientes, casas particulares.

Cuando llegué, era terrible trabajar aquí. En el puente Lira cada una manejaba su plata pero acá no se aceptaba que las transgéneras trabajaran así porque no les convenía a los dueños de los prostíbulos y más todavía con transgéneras jóvenes que eran competencia. Había unos taxis Opala y ahí se paraban los lachos con cortaplumas. Si veían a una travesti nueva que trabajaba independiente, le sacaban la cresta. A mí no me gustaba el sistema de los prostíbulos, no me gusta que me controlen las platas. La Marina y el maricón Jorge controlaban a todas las travestis. La mitad de la plata era para ellos y prácticamente eran sus esclavas. Claro, tenían la garantía de que si caían presas, los regentes hablaban con los pacos y podían sacarlas al tiro o pagaban las multas. Además tenían almuerzo, tenían pieza.

Cuando me llevaban presa, me metían a la cárcel con todos los hombres, con los viejos y a veces yo tenía hasta que chupar el pene en los calabozos. Nosotras pasamos hartas cosas y no teníamos a quien recurrir. Nos sacaban la cresta los pacos, los civiles, a veces salían los vecinos a defendernos. Un teniente de apellido Moncada era un desgraciado que odiaba a los homosexuales. Los pacos nos pegaban en la cabeza y la cara con tontos de goma para que no nos quedaran marcas. Pasaban por acá las micros Portugal El Salto y los pacos las usaban como piquetes para que no nos diéramos cuenta de que venían y pillarnos al tiro. No había dónde reclamar. Los pacos y los ratis eran terribles en esos tiempos. No existía la restricción de que los ratis de una comuna tienen que estar en su comuna, nomás. A nosotras nos iban a cafichar los ratis de la Cisterna, Ñuñoa, La Reina, Estación Central... Podían llevarnos presas y hacer lo que quisieran con nosotras si no les dábamos plata. Teníamos que comprarles botellas de pisco y pollos asados para que no nos llevaran detenidas. Nunca me hicieron ficha porque siempre me les arranqué.











Nunca pensé en trabajar haciendo shows o en el circo. No, yo era más política, más independiente. Cuando estudiaba en la A60, mi curso era de puros hombres que me defendían, era la niñita del curso. Era la presidenta, la secretaria y la tesorera, era la que armaba, la que organizaba.

Seguí en San Camilo porque era la única forma de trabajo. Además, en esta calle tenía amigas: la Ninoska, la Piroska, la Marjorie, la Bambi.

Los tiempos de Pinochet fueron difíciles para nosotras. No podíamos salir porque nos llevaban presas por ofensas a la moral. Aunque anduviéramos comprando nos llevaban por ofensas a la moral. No podía ir a comprar al Paseo Ahumada porque andaban los piquetes. Había tiendas donde vendían maquillaje, entonces mandábamos a una viejita a comprarnos. Ella se aprovechaba y nos cobraba el triple por las medias, por el maquillaje.

Yo no era respetada en San Camilo pero sí el Cristian, que era mi pareja. Él era choro y amigo de los lachos de las cabras que tenían fuerza. Todas en San Camilo teníamos que tener un cachete o pareja porque era una cuestión de seguridad. Ahora no se usa eso.

A fines de los 80' empezó lo del VIH y se formó la Corporación Chilena de Prevención de Sida, que estaba en General Jofré con San Camilo. Un gringo estaba a cargo. Llegué ahí después de que me sacaron la cresta. Yo estaba cansada de eso y quería hacer algo. Los homosexuales estaban formando una agrupación pero nunca supe la realidad de esas agrupaciones. Por ejemplo, nunca supe si Carlos Sánchez (que fue el primero en accionar el tema de los homosexuales), era homosexual o no. Nunca lo vi con hombres en calidad de pareja. Siempre creí que las personas que habían movido eso lo habían hecho por el interés de las platas, para sacar provecho porque estaban mandando plata del extranjero. A nivel latinoamericano lo estamos sabiendo recién ahora. Había otra gente, como la Trinidad Lathrop que decían que era abogada de la agrupación. Salió en el diario La Cuarta en la primera noticia que apareció sobre nuestros reclamos. Era para puro salir en el diario. Conocí a la Claudia Rodríguez y a otras, como hombres. A mí no me vienen con cuentos. Yo, de cabra chica que ando en la calle y trabajé en la calle hasta los treinta y nueve años.

Aunque estaba en la agrupación, los pacos me sacaban la chucha igual y tuve problemas con los gays porque se juntaban entre ellos y nos segregaban, igual que las lesbianas. Ahí pensé que teníamos que formar una agrupación para nosotras. Hablé con Carlos, le dije que nosotras no calzábamos ahí, que necesitábamos una agrupación propia. Nos ayudaron, pero



porque hicieron proyectos para transgéneras que trabajaban en el comercio sexual. Le preguntaron a la Francesca (que en paz descanse), si quería participar. Le iban a pagar. Ella había llegado antes que yo y tuvo muchos problemas con los gays. Una vez le pegaron y la mandaron con puros calzones por Vicuña Mackenna. Me la llevé pa la casa y ahí empezamos a ser amigas.

Conversé con todas las cabras por una agrupación de nosotras pero ninguna creía que pudiera hacerse algo así.

Traveschile (que es histórica y la reconocen afuera y no aquí), se formó con gays y tres transgéneras: la Nicole Carrión, que fue la primera presidenta, la Alejandra Soto, que la conocí de hombre y yo, que fui la primera secretaria y después fui presidenta. La Nicole era mi amiga y no trabajaba en comercio sexual. Creyó en mí y formamos Traveschile en 1999. En 2004 nos dieron la personalidad jurídica.

Trabajé en distintas partes: en Providencia, en Apoquindo con Napoleón, en Carmencita, en Obispo Pérez. Pero me gustaba San Camilo, además de que llegaba a las 19:00 y a las cinco horas ya tenía plata. No tomaba en ese tiempo, iba de mi casa al trabajo y del trabajo a la casa.

La primera calle donde empecé a trabajar en el barrio San Camilo es Santa Victoria, exactamente a mitad de cuadra porque en las esquinas sólo trabajaban las de los prostíbulos. En esa calle había un estudio de grabación de canal 13 y llegaban muchos artistas. Conocí al Zalo Reyes, a Roberto Viking Valdés, al chino Pedreros, Juan Antonio Labra. En ese tiempo yo era regia, elegante y todos querían atenderse conmigo.

Cuando conocí al Cristian me empecé a mover hacia la esquina. A principios de los 80' el comercio sexual era rentable, no existía la plata de plástico así que los hueones andaban con plata. Yo trabajaba los martes, miércoles y viernes y con eso estaba bien.

Los teocráticos venían a predicar a San Camilo en la noche. Eran agresivos y nos sacaban la cresta. Una vez me agarraron entre varios y me preguntaron: “¿Quién soi vos, maricón? ¿Hombre o mujer?”. “Mujer”, les contesté. Me creyeron, yo ya tenía tetas y nunca tuve problemas con mi voz. Tenía que cuidarme de los pacos, de los ratis, los nazis, los teocráticos. Era terrible, no se podía trabajar tranquila.

Estos edificios estaban pero otros son nuevos. Todos estos eran moteles y no dejaban entrar a cualquier travesti, eso sí. Las callecitas chicas siguen funcionando como prostíbulos pero las chiquillas se han movilizad para Bustamante. A este baño Monumental llegan puros colas. También había una discoteque gay, la Bugaloo.

Nosotras llegábamos juntas y ellos, como que veían al demonio. Pero igual nos respetaban, éramos todas connotadas y además, andábamos con la Rafaela que era alta y grande.

Por acá había un hogar de ancianos, una verdulería, estos eran comedores y los fines de semana hacían fiestas y casamientos. Ahora es un club de tango. Esta era una botillería. Nosotras veníamos y mientras una se engrupía al viejo que atendía, las otras robábamos las botellas de pisco. Yo creo que quebró por eso.

En 2011, después de que salí de la cárcel, vine caminando, recorriendo, recordando. Me vine llorando. Una nunca piensa que las cosas tienen que cambiar y cambian tan rápido. Cuando salí me encontré con otra ciudad.

Venir acá es nostálgico.

#### PLAZA DE ARMAS: EL AMOR

Trabajé acá aunque nunca me ha gustado mucho el centro. En la plaza había árboles tan frondosos que uno podía meterse ahí a hacer sexo oral. Había una pileta chica y el orfeón. En el portal siempre ha habido hoteles. Pero acá hay que tener cuidado porque andan sicópatas. Hay colas que se metieron aquí con hueones y los mataron.

Mi historia de amor parte acá. Había un árbol (que ya no está) y las ramas llegaban hasta abajo. Cerca de ese árbol estaba el banco en el que se sentó el Cristian cuando lo conocí. Duramos hartos años, diecisiete en total. Tuve otras parejas esporádicas pero el Cristian fue mi gran amor.

Yo estaba en el colectivo 3B de la Peni y ahí conocí a la Marco Melo y la Pato Egaña, que eran choros renombrados. Pagamos la multa y nos dieron la libertad a las siete de la mañana. La Marco me dijo: “Oye, hueona, vamos pal centro, te invito a tomar desayuno”. Nos vinimos pa la Vega, que en la mañana estaban llena de baratas, hacían nata y bailaban arriba del pan pero cagada de hambre me comía hasta las baratas. Como era muy temprano, nos pusimos a caminar y llegamos a la Plaza de Armas.

El Cristian andaba robando con unos amigos. Usaba el pelo como el príncipe valiente y era muy lindo. “Mira”, me dijo la Marco, “ese huacho hace rato que te está mirando”. Fui a hablar con él porque me gustó. Él pensó que yo era mujer. La Marco le dijo que yo era travesti.

Éramos cabros chicos. No lo podía llevar pa mi casa, así que nos quedamos en el cerro San Cristóbal, por el lado del zoológico.

Dormimos abrigaditos, juntos en un árbol. De repente sentíamos huevás que caían, piedras quizás, pensábamos. Cuando despertamos nos dimos cuenta de que estábamos debajo de una higuera. Sacamos higos y comimos. Y en el terminal de Mapocho, en la Vega, ahí se puso a correr el hueón pa dejarme botada. Lo seguí, enamorada yo, y le quité un zapato pa que no se me fuera. Él ya era mi amor.

Después, el huevón se aprovechaba. Sabía que yo trabajaba en San Camilo y me pedía cigarros John Player Special que venían en tarros. Eran caros y los compraba en las tabaquerías del Paseo Ahumada, no los vendían en otro lado. Le compraba botellas de pisco para que tomara con sus amigos. Una que es huevona cuando está enamorada... El hueón me humillaba, me cafichaba, lo tenía que ir a ver a su casa porque no quería salir. Ya me tenía segura, entonces tenía plata. Él me cuidaba, eso sí, cualquier cosa que me pasara, el hueón venía con sus amigos y yo tenía la seguridad de que no me iba a pasar nada malo.

Cristian vivía en Cerro Navia. Era muy pobre, incluso tenían cocina a parafina. Fue valiente porque me llevó a su casa y me presentó a sus hermanas. Es el único del que me enamoré. Me hizo sufrir harto, sí, el conchesumadre. Después cambió la situación y se enamoró de mí. En ese tiempo empecé a inyectarme hormonas, a comprarme ropa regia, usar abrigos largos, portali-gas... Era estupenda. Ya era la Silvia Parada.

Sus padres nunca quisieron que estuviera conmigo, querían que yo desapareciera de la vida de Cristian. Le presentaban mujeres y se casó con una galla que tiene como tres puestos en la feria, allá, en Cerro Navia. Pero antes anduvo con la Ana que sufrió mucho porque el Cristian todavía estaba enamorado de mí cuando se enganchó con ella. Se la enganchó su mamá. Igual, duramos muchos años y mi relación terminó porque yo empecé a ser dirigente. Lo dejaba de lado y él se molestaba. A mí no me gustaba tener esos dramas. Él me buscaba pero yo ya no quería tener nada cuático y menos triángulos con mujeres. Cuando caí presa me fue a ver varias veces a la cárcel pero ahí yo ya estaba con el Juanito.

En los 90' me metí a las luchas sociales. Sentía que las agrupaciones de gays nos utilizaban para ganar proyectos de CONASIDA. El tema del VIH había que arreglarlo, lo que no había hecho ningún gobierno. El primer caso de muerte por VIH fue la de la Bambi, una transgénera que estaba presa en el colectivo 3B. Ahí se empezó a hablar más de VIH. Me acuerdo que una no podía tocar las manillas de las puertas. Nos pasaban

confort para tomar las manillas, no querían que nos acercáramos. Algo increíble, sin fundamento. Fue terrible.

Con los foros, los talleres y las platas que llegaron del Fondo Mundial, recién ocurrió un cambio favorable hacia la comunidad pero las transgéneras éramos las más visibles y nos veían como la lacra de la sociedad.

La Ilusión Marina, que ya murió, me dijo: “Silvia, vai a formar esta agrupación con estos maricones culiaos y nunca te van a agradecer nada”. Tuvo razón pero fue una parte importante de mi vida. Soy la primera transgénera que fundó una organización en Chile. Después de la que fundé, aparecieron otras agrupaciones de transgéneras.

Tuvimos que luchar para que se reconociera nuestra identidad pero es una lucha distinta a las de los gays, que no tenían los problemas de nosotras. Empieza en los 90’ porque las transgéneras no teníamos otro recurso de sobrevivencia que no fuera el comercio sexual y todavía había represión. En el segundo período de Lagos recién se calmó la cosa pero en el de Aylwin y Frei hijo, los hueones de los pacos nos sacaban la conchadesumadre. Sufrimos la represión, quizás menos que durante la dictadura pero era represión igual.

Se empezó a hablar de transgéneras en 2004, cuando llegó una compañera de Francia. En Europa todas eran transexuales, operadas o no operadas. Esa compañera diferenciaba a las transexuales de las transgéneras porque las transexuales no reconocían su sexo biológico y hacían la reasignación de sexo. Pero había otras que no. Yo pienso que por qué yo tendría que darle el gusto a la sociedad de mierda al hacerme la reasignación de sexo para que me respeten como una persona femenina, sabiendo que no lo voy a ser nunca. Y más encima es algo que me impide el placer sexual que todo ser humano debe tener y es parte de la vida. Por qué van a obligarme a cortarme el pene pa que pueda cambiarme el nombre o pa que me respeten como mujer. Es una mutilación para darle el gusto a la sociedad o pa que un huevón me quiera. Es una doble discriminación.

Planteaba estos temas y costaba que me entendieran. Costó mucho que reconocieran a las trans. La mayoría creía que las iban a respetar con la reasignación de sexo. Algunas decían: “Yo no quiero operarme. Quiero mi nombre femenino y asumir mi condición de género”. Por eso surgió la palabra “transgénera”, que apunta a asumir un rol genérico femenino o masculino, o sea, la identidad que uno quiera reconocer. El transexual opta por la reasignación de sexo. Por eso se separaron estos conceptos.



CHILENOSTODOS

# Los gays llegaron a La Moneda

SERGIO MARDONES L.

**E**l escuálido movimiento nacional de homosexuales, lesbianas y travestis quiere liberarse de sus cadenas y hacer un redbut en sociedad con una "Gran marcha de la patria gay", que se realizará por las calles céntricas de la capital el 17 de septiembre.

Miembros de la agrupación que hoy lleva el nombre de Movimiento Unificado de Minorías Sexuales acudieron ayer a La Moneda a dar la noticia y a protestar por la discriminación de que continúan siendo objeto, según afirman.

Llamaron la atención las circunstancias que rodearon al hecho. Con diferencia de minutos se registraban tres actos en la Plaza de la Constitución: el Presidente Lagos condecoraba a miembros de la Guardia de Palacio, Gladys Marín llamaba desde la estatua de Salvador Allende a una activa celebración del aniversario del asalto al cuartel Moncada, y los gays acudían a la oficina de partes de La Moneda a dejar una carta.



Homosexuales anuncian "Gran marcha" para septiembre.

"Yo vengo como secretaria general de la Agrupación de Travestis en apoyo de todas mis compañeras que están detenidas y necesitan medicamentos", dijo Silvia Parada, quien de paso denunció que "los carabineros algunas veces van a tirar a mis compañeras al zanjón de la aguada".

Luz Hernández Flores se declaró "orgullosa de ser madre de un travesti. Mi hijo me lo confesó a los 18 años y desde ese momento le he dado todo mi apoyo. Ahora él es el pilar de la familia y para mí lo es todo".

Marco Ruiz denunció el supuesto hostigamiento contra discoteques que frecuenta la comunidad gay-lesbica especialmente en Vitacura y Santiago, supuestos actos de violencia de la Policía contra ellos y una persecución de que están siendo objeto por parte de algunos medios de comunicación.

"Denunciamos al programa que conduce Carlos Benicini en la radio Romance. Está fomentando el odio hacia los homosexuales y eso puede acarrear consecuencias desastrosas", dijo Juan Pablo Sutherland.

# Organización de travestis acusa a empresario de pedofilia y secuestro

Paola y Scarlet, de 17 años, fueron drogadas y echadas a la calle por el detenido, aseguran.

Dirigentes de la Agrupación de Personas Transgénero "Traves Chile" denuncia esta mañana que el empresario Wiston Michelson del Cantío "es un sicópata y perverso sexual" que lleva años "utilizando" a travestis menores de edad.

Silvia Parada y Michelle Clementis, voceras de este movimiento errado hace un año y medio, ofrecieron una conferencia de prensa para expresar públicamente el dolor que les causó la muerte de "Amanda" y para advertir que llegarán "hasta las últimas consecuencias" para que se esclarezca lo ocurrido con Rodolfo Jofré lo que calificaron de "un homicidio".

Junto a ellas se encontraban dos travestis menores de edad "Paola" y "Scarlet", que, según su propio testimonio, fueron contactadas por Michelson el que luego de "secuestrarlas" por varios días y drogarlas, las echó a la calle desnudas.

La misma Michelle Clementis, quien es dirigente de la agrupación por la V Región, admitió haber estado en el departamento del empresario, pero manifestó que sólo conversó con él "porque yo no era de su gusto, ya soy adulta". En esa oportunidad Michelson le habría señalado que él manejaba



Las dirigentes travestis dijeron que la muerte de Amanda fue un asesinato.

muy bien las leyes y que "nadie lo podía detener", sostuvo la dirigente.

**La encerró y le convidó hachis y cocaína**

Dijo Clementis que el travesti, que

se hace llamar "Katherine Nielsen", es el testigo más directo que tienen de lo que ocurrió ayer en la residencia del farmacéutico. Este les habría contado que "este caballero (Michelson) encerró durante tres días a Amanda, le compró 200 gramos de pasta base y la en-

cerró en una habitación para que se drogara. Luego le convidó hachis y cocaína. Esto hizo que a nuestra amiga la venciera el sueño y se fuera. ¿De qué me hablan, es homicidio o no es homicidio?".

Añadió que los antecedentes que manejan es que Michelson dejó una cantidad de alrededor de 200 mil pesos de pasta base en poder de "Amanda". Indicó Clementis "que ella llevaba tres días ahí. Llamó a su computadora de casa a las 11 de la mañana (de ayer) avisándole que se sentía mal, que estaba pronta para irse y a la una y media este caballero llama a la niña donde vivía Amanda y le dice que vaya a buscar a su amiga, porque estaba muerta".

**"Nunca había probado drogas antes de conocerlo"**

El travesti "Scarlet", de 17 años, dijo que el año pasado conoció a Michelson en Providencia. "La primera vez me pasó a buscar a Seminario con Providencia, me llevó a un hotel. Me sirvió un trago y me dio unas pastillas. Nunca había tomado drogas. Me dio un polvo blanco, dedazo que era cocaína".

El joven agregó que se sentía tan mal con la mezcla de cosas ingerida que una amiga tuvo que ir a buscarla. "Me echó en un sofá y me acosté. El mes había poseído un sódomo-soculista", comentó.



Pese a eso, cuando uno dice “trans”, está hablando de transexuales y transgéneras.

Antes, las transgéneras chilenas no aceptaban a las extranjeras. Incluso la Zuliana. Tengo registro de prensa donde habla de que por qué entran transgéneras extranjeras a Chile. Existe xenofobia y discriminación. Lo viví con una compañera argentina que vino con su marido a adoptar y pensé que por qué no adoptaba en su país, por qué venía a hacerlo acá. Fue un paso aceptar a las extranjeras, todas tenemos derecho. Ahora la calle la mandan las ecuatorianas. Antes, cuando las chilenas les pegaban a las ecuatorianas, ellas venían a reclamar a la agrupación. Yo ya no estaba en el comercio sexual y Traveschile había salido del tema de comercio sexual pero igual me comuniqué con las agrupaciones ecuatorianas para que ayudaran a sus compañeras que estaban en Chile y eran discriminadas por sus pares. Quería que se respetara a las transgéneras extranjeras pero costó y costó hartito.

Por ese tiempo, fui denunciada por abuso sexual y comenzó un proceso terrible, instigado desde dentro de la comunidad. Fui detenida y no se respetaron mis derechos, sobre todo el de presunción de inocencia. Todo fue irregular en la investigación y el juicio y nunca se probó sin ninguna duda que yo era culpable. Aunque finalmente pude conseguir un abogado que me representara, fui condenada y cumplí unos años de reclusión.

Cuando caí presa, Traveschile se debilitó. Había Traveschile Temuco, Traveschile Osorno. Una compañera expuso cosas que no eran verdad y fue a las regiones para que les cambiaran el nombre a las agrupaciones.

No creo que hoy sea posible rearmar una organización como fue Traveschile. Tenemos dos personalidades jurídicas, una en Recoleta y otra en Estación Central pero las dirigentes están esperando recibir plata. Se perdió ese trabajo social, de pares, de ayudar a las demás, de buscar hacer políticas públicas para la población. El mismo hecho de las marchas de la diversidad: antes había un discurso político de lucha social y de derecho. Ahora todo es glamoroso, importa quién es la más bonita, quién es la que tiene las mejores tetas, la que anda con el mejor vestuario. Se perdió la lucha política y social.

Traveschile buscaba el bienestar de las asociadas. El comedor solidario, los cursos de capacitación en oficios, las cajas de mercadería que entregaba el Hogar de Cristo para transgéneras de escasos recursos, las piezas de acogida. Claro que llegaban curadas y surgían problemas pero había un techo, lo que no hay con transgéneras y homosexuales en situación de calle.

Las agrupaciones de homosexuales no se han hecho cargo de ese problema. El Hogar de Cristo tiene hospederías pero para ellos no existen las transgéneras. Cuando van, tienen que estar con hombres y las mujeres las discriminan. Es un temazo.

Ruego que nos vaya bien con el proyecto que hicimos en el Cementerio General porque nadie piensa en esas cosas. Nadie piensa en una casa de acogida para transgéneras adultas mayores como la Paloma o la Luchita, nadie va a verlas o a dejarles mercadería, nadie va a ver a las compañeras que están mal en el hospital.

No saqué mi pensión pero ayudé a diecisiete transgéneras para que tuvieran la suya. Nunca tuve la idea de ayudarme. Si la hubiera tenido, otro gallo me cantarí. Si hubiera tenido esos intereses, tendría pensión y quizás estaría de concejala o algo así.

Lo que me pasó me va a marcar siempre, no sólo por mí sino por las otras también. Hay comentarios de maldad sobre mí, que hay que tener cuidado conmigo porque estuve presa por abuso sexual... son cosas que voy a llevar hasta la tumba. Eso marca mi trabajo y mi trayectoria como dirigente y lo noto cuando voy a diferentes lugares. Marcan la diferencia los dirigentes que realmente me conocen y me estiman.

Hoy no tengo la fuerza que tenía antes. Una amiga, la Bernardita Bakovic, me dijo una vez: “Tu proceso terminó y tienes que darle cabida a otras personas”. Era casi una propuesta para ir a otros espacios. No le hice caso y caí en esto. Sentía que había construido un imperio, con dos agrupaciones, con muebles, oficinas, con dos bodegas llenas de mercadería, de cosas de peluquería. Era haber logrado lo que nadie había hecho antes. No podía, después de tanto trabajo y esfuerzo, dejarle todo a una transgénera que a lo mejor no iba a tener el mismo pensamiento mío, que a lo mejor lo iba a vender o hacer otras cosas con esto. Por eso no quise. Si le hubiera hecho caso a la Bernardita quizás ahora tendría otro status, no sé.

Traveschile funcionó en Rogelio Ugarte y en María Graham. El local de María Graham me lo arrendó el alcalde Cornejo pero cuando caí detenida se robaron todo. El cuidador vivió cuatro años gratis ahí hasta que tuvo problemas con la municipalidad de Recoleta. Yo estaba presa y no podía hacer nada. La casa de Rogelio Ugarte se perdió porque se fue Lavín, entró Alcaíno y nos quitó el presupuesto del arriendo.

Yo me entregué. Ese día en la mañana aparecieron unos pájaros negros, se pararon en el cable y después bajaron. Pensé que algo iba a pasar. Fui donde la Lucha y en la noche me llamaron los detectives y me preguntaron dónde estaba. “Voy a mi casa”,



contesté. “La vamos a ir a buscar a su casa, entonces”, dijeron. Dejé el auto, me saqué las joyas. Fue el último día que vi a mi abuela viva. Fue triste eso porque yo le había prometido que iba a estar con ella hasta el final y no pude.

Llegaron dos autos de detectives, me llevaron al San José a constatar lesiones y me pusieron en un calabozo. Después, pasar ese proceso de la cárcel, la injusticia, la muerte de algunas compañeras. Fue triste, muy triste.

Me cuestionaron por el delito que yo iba pero igual las cabras me apoyaron adentro. En la cárcel hay traficantes y mentes. Yo era mente. Cuando se une la mente con el traficante, hay problemas. Yo mandaba cartas pa los ministros, andaba en el área técnica, me movilizaba adentro. Porque era mente. Supe que a dos las iban a pelotear. Escribí una carta y la mandé pa afuera para que presionaran y no las trasladaran. Cacharon que hubo presión de afuera y el comandante decidió sacarme. Él mismo me dijo “Voy a darte la oportunidad de que salgai, ya cumpliste la mitad del tiempo. Por tu delito no te la doy pero creo en vos. Además que vos soi mente y habiendo una mente, hay problemas”. Ahí tuve montones de garantías, me fui a vivir sola, entraba y salía, tenía mi pieza sola, mi cama, mis cosas, no me revisaban. Eso sí, tenía que tener buena conducta.

La Katty vivió una época culturalmente diferente. En mi caso, yo sentía que la discriminación estaba en la gente. El sistema se ha renovado pero muy poco. Hay gente buena que te acepta, gente que te reprime, gente que te humilla. En el gobierno hoy no hay segregación pero le falta mucho al sistema para entender la realidad de las personas transgéneras. Pasa por sensibilizar el tema de nosotras, más complicado que el de los gays. Pasa por el cupo laboral, por el derecho a la educación, derecho a la vivienda, derecho de poder reconocernos genéricamente como personas con un sexo femenino.

Tantas luchas que hemos dado para que se reconozcan nuestros derechos y nuestra identidad de género y ahora un psiquiatra de mierda me viene a escribir esta huevía de informe. Me da rabia. Cómo los hueones no estudian. Mi mamá fue al otro día, porque no pude ir yo. Le dijeron que no estaba el médico y que el informe estaba bien hecho. Pero a mí no me sirve, es una burla. Dice que yo paso vestida de mujer todo el día. Dice que soy travestista, o sea, podría vestirme de cualquier cosa. Esa huevía me da vergüenza, me da vergüenza entregar este informe. Es un médico que no sabe de esto. La gente tiende a pensar que dentro de la comunidad existen las lesbianas, los gays y los travestis.

No se dan cuenta de que dentro de la sociedad (homosexual entre paréntesis porque yo no me siento homosexual), hay diversidad. Las diversidades se deben respetar y una de las diversidades que no se respeta es la nuestra.

El gobierno tiene que hacer un reconocimiento e indemnizar a las trans antiguas por todo lo que hizo el Estado con ellas. A la Paloma, por ejemplo (que los milicos le dieron dos balazos en la cabeza), no la pusieron en el Informe Rettig ni Valech por su condición. Muchas transgéneras se salvaron, como la Lucha y la Katty, que adora a Pinochet porque a ella le tocó la represión en el gobierno de Allende, en que estaba el diario El Clarín que hablaba de los “colipatos”, “los colipatos que quieren chicha y chancho”, “los colipatos quieren que se les llame con nombre de mujer”. Al principio, cuando yo salía en televisión o en el diario La Cuarta, no me trataban como transgénera o como la Silvia Parada como sí me trataron después.

Fueron grandes luchas sociales que nosotras tuvimos, política y culturalmente y eso no lo han reconocido los gobiernos. Reconocieron a los políticos, los exonerados, los exiliados pero no se habla de las transgéneras y travestis.

Nosotras fuimos olvidadas.



DE CARA A LA COMUNIDAD

# Carla Sepúlveda

“La única forma de debilitarnos es separarnos y la única forma nuestra de conseguir cosas, es mantenernos unidas. Somos trans, somos una comunidad LGBTIQ+ y debemos cuidar que lo exterior no irrumpa y nos separe, porque si nos separamos no vamos a conseguir nada. La sociedad, el Estado, el gobierno, quieren quebrantarnos, separarnos para que no logremos cosas.”

## VILLA JAIME EYZAGUIRRE: LA JUNTA DE VECINOS

Nací en esta villa y he vivido acá mi niñez, mi adolescencia y ahora mi adultez, que yo encuentro que es la parte clave de mi vida. Ahora es el momento en que me siento más a gusto.

Pertenezco a la Junta de Vecinos Unidad Vecinal N° 5, que tiene su sede en el pasaje Fray Francisco J. Ramírez 2157. Pienso que por ser de acá se me ha hecho fácil relacionarme con los vecinos aunque siempre hay dificultades porque las construcciones sociales son distintas en cada individuo.

Porque soy una mujer trans, mi niñez y adolescencia fueron difíciles. Son períodos de construcción, períodos de transición en los que yo no estaba tan dispuesta hacia a la comunidad. Ese periodo lo hice acá, lo viví acá en la villa pero en una burbuja.

Me exterioricé cuando estaba más adulta y había pasado esos procesos de transición. Para cualquier mujer trans en cualquier espacio, es difícil. Hago hincapié en que para mí, esos períodos fueron difíciles y no “muy difíciles”. Así, reconozco la historicidad de mis compañeras trans mayores y los problemas que ellas vivieron. Mis procesos fueron complejos pero tolerables y pude salir adelante.

Empecé a militar en la civilidad trans a los diecinueve o veinte años, a luchar contra la vulneración de los derechos de las mujeres trans e hice un recorrido lento pero de gran aprendizaje. Conocí otras experiencias, otras historias de vida que fueron importantes para que me consolidara y sea la que soy hoy día.

Existen muchas mujeres trans en diferentes ámbitos de la sociedad chilena pero es complicado irrumpir en espacios heteronormados, establecidos así desde hace mucho tiempo, y decir “Aquí estoy yo”. No se puede decir “Soy trans, mis derechos han sido vulnerados, he sido subyugada mucho tiempo y por lo tanto tengo el derecho de estar aquí”. No. Hay que ganarse el espacio como ser humano, como individuo, ganarse el lugar en el que una está.

Una piensa que tiene que reivindicar esto o lo otro, que tiene el derecho, porque se le vulneró tanto y por tanto tiempo, de ocupar un lugar determinado: “Porque soy trans y a mi generación o a mi población se le ha pasado a llevar, tengo todo el derecho a obtener este beneficio”. No es mi punto de vista. Los individuos tenemos que luchar por igual y en comunidad para lograr nuestros objetivos.

Siempre he sido la más inquieta de mi familia y cuando en la comuna hubo operativos para cambiar los techos y mejorar el



alumbrado público, los desagües y las rejas, me acerqué a la junta de vecinos. Quería interiorizarme acerca de esos beneficios.

En ese momento, militaba activamente en mi comunidad trans, por eso digo que estaba en una burbuja: tenía amigas trans, iba únicamente a eventos y a actividades trans. Pero veía que en las organizaciones trans estábamos inmersas en nosotras mismas, protegiéndonos del exterior y a veces teníamos la visión de que todo lo cis era enemigo de nosotras, la sociedad entera tenía un complot contra las transgéneras. En la militancia y las marchas me di cuenta de que hablábamos de muchas reivindicaciones pero era necesario saber cuál es nuestra reivindicación, por qué queremos que se respeten nuestros derechos civiles, que es lo que queremos realmente. Por ejemplo, peleamos cinco años por la Ley de Identidad de Género, la LIG. Queríamos un nombre que nos representara efectivamente en lo que somos. Hubo mucha discusión a ese respecto: qué significaba y significa para nosotras, si ya somos mujeres, tener un carnet con nombre femenino. Muchas compañeras decían: “Por fin en el carnet va a decir ‘género femenino’”. Yo me cuestionaba: ya soy femenina, no necesito que el carnet diga “sexo femenino” para serlo. Hay que analizar, reflexionar acerca de qué significa la LIG para nosotras, qué significa que se nos llame y se nos reconozca con el nombre femenino. No porque el carnet diga que soy mujer, me voy a sentir más femenina. Es solamente por la vulnerabilidad que se vive al tener un nombre masculino que no representa lo que una es, por los problemas que eso provoca y que hay dentro de la sociedad. Porque la identidad es súper importante en cualquier contexto. Nuestra identidad estaba clara pero a la sociedad no le quedaba claro quiénes somos nosotras. Cuando una tiene que relacionarse o interactuar con el Otro, ese Otro quiere saber quién es una. Y nosotras tenemos un “pero”. Son cuatro letras pero es enorme ese “pero”. Tiene una trascendencia tan grande... Y para muchas personas significa demasiado. Entonces una se cuestiona “¿Estoy luchando por un nombre? Pero, ¿para qué?”.

Hay compañeras que ven la LIG como una salvación y otras como yo, que lo vemos como un paso más que no nos va a librar del “pero”. La lucha constante es lograr el reconocimiento de parte del Otro. Que yo tenga un carnet con mi nombre y mi género no garantiza que va a haber un reconocimiento de parte del Otro: a la sociedad no le basta con que una tenga un carnet que dice “género femenino”.

Hay compañeras que son transexuales, están operadas y sin embargo, siempre está el “pero”. Nacieron hombres. Son mujeres,

están construidas pero... ya se nació así, su construcción biológica es así aunque se hayan operado. Lo mismo pasó con las atletas transexuales a las que no dejaron competir con mujeres porque habían nacido hombres y había una diferencia genética. Ese ejemplo es generalizado para todas nosotras. Si naciste hombre, tienes esos genes. Un médico me dijo: “Ustedes, aunque se operen, son hombres igual, porque quedan células en la médula espinal y ahí hay información genética clave. Esa información genética la tienes en el momento del embrión, jamás cambia. Aunque te operes, genéticamente siempre vas a ser un hombre”. Fue un golpe para mí.

Cuando me preguntaban, decía que no necesito operarme. Operarme sería apoyar el sistema machista, al patriarcado que dicta que necesito tener vagina para ser penetrada y que el hombre me acepte.

Las diferencias de opinión son complicadas en la interacción trans porque son motivo de división, de conflicto en nuestras filas. La única forma de debilitarnos es separarnos y la única forma nuestra de conseguir cosas, es mantenernos unidas. Somos trans, somos una comunidad LGBTIQ+ y debemos cuidar que lo exterior no irrumpa y nos separe, porque si nos separamos no vamos a conseguir nada. La sociedad, el Estado, el gobierno, quieren quebrantarnos, separarnos para que no logremos cosas. Cuando surge la LIG, sucede que el quiebre no viene de afuera: está dentro de nuestra matriz. El conflicto es bueno cuando surge en las organizaciones y comunidades pero hay que saber tratarlo, saber llevarlo para evitar las divisiones.

Asistí a una reunión de la junta de vecinos y mis opiniones fueron bien recibidas por los asistentes. Algunos me sugirieron que participara más activamente y opté por hacerlo como cualquier vecina, yendo a las reuniones, interviniendo como todos pero nada más.

Como soy nacida y criada en la villa, los vecinos me conocen, vieron mi transición, vieron ese cambio desde cuando mi mamá me vestía de varón hasta cuando yo salía vestida de niña. Igual me cuestionaban mucho. Por ejemplo, iba al almacén y no faltaba el que me preguntaba “¿Qué te pasó? ¿Estai enferma?” porque yo estaba haciendo el cambio. Sentía que tenía que dar explicaciones ¡pero cómo iba a explicar mi vida por ese “qué te pasó”!

En diciembre de ese año, en la villa se empezó a organizar una feria navideña que funciona todos los años en la calle Amanda Labarca. Había una reunión para escoger a la directiva y fui con mi hermano. En un principio no quería ir. Pensaba que habría





pura gente copuchenta pero mi hermano tenía ganas de participar así que lo acompañé. Llegamos cuando estaban discutiendo el nombre de la feria. Una chica dijo “Se aceptan sugerencias” y yo levanté la mano. “Chiquillas”, les dije, “ustedes dicen que todas son emprendedoras. Ese podría ser el nombre de la feria”. Y así quedó hasta el día de hoy: es la Feria de las Emprendedoras de Macul. “¿Y por qué tu no soi secretaria de nosotras?”, me preguntó una señora. “Es que yo no las conozco ni ustedes me conocen a mí”, contesté. La presidenta quiso saber dónde vivía y cuando le dije, resulta que todos me ubicaban. Acepté ser secretaria provisoria porque nadie quería ser.

A partir de eso y como la secretaria de la feria navideña, traté con los vecinos, supe sus problemáticas. Las ferias cumplen un rol social y había vecinos que necesitaban trabajar en la feria para solventar problemas financieros y económicos. Comencé a meterme en eso, a focalizarme en lo social, en las personas, en lo comunitario. Al año siguiente estaba más empoderada y conocí a la gente en otros ámbitos. Tenía que cobrarles las cuotas para pagar el puesto de la feria, el aseo, el nochero. Y había vecinos que me decían “Carla, sabes que no voy a poder dar la plata de la semana para el nochero”. “No importa”, decía yo, “Hablo con la tesorera y sacamos plata de la caja chica por esta vez”. La gente empezó a confiar en mí y también a tener expectativas conmigo. Por ejemplo, había operativos y me iban a preguntar porque, a raíz de la feria navideña, me puse al tanto de lo que pasaba en el municipio y en el consultorio, dos entidades muy importantes con las que hay que tener vinculación. La gente se puso demandante, pensaban que yo tenía que saber ciertas cosas. Le decía a mi mamá: “Solamente estaba en la feria y ahora estoy comprometida para ir a reuniones acá y allá. Ya no doy abasto”. Trabajé diecisiete años en una casa acá a la vuelta, haciendo labores de hogar. De mi trabajo venía a las reuniones, iba al municipio, al consultorio... Era un torbellino.

En esos días hubo elecciones de la junta de vecinos y vine a votar. La presidenta de la feria navideña, la señora Giovanna, se postuló como presidenta y me propuso: “¿Por qué no te postulas para directora? Eres un buen elemento... además, así puedes votar por mí y hacerme la campaña”. Yo quería ayudarla porque ella tiene vocación social y admiro eso. Quedé como primera directora y ella como presidenta. Eso fue hace cinco años.

Sin darme cuenta estaba en el Consejo Consultivo del consultorio y en el directorio de las juntas de vecinos del municipio. Sin haber buscado eso, le tomé el gustito a trabajar con la comunidad. La gente me trataba distinto, por primera vez

sentía el respeto, pude valorarlo y saber qué significaba. Supe que el respeto no solamente debe tenerlo una hacia los demás sino que los demás también tienen que respetarla a una. Sentí el “desde”: el respeto de los demás hacia mí. Sentí que era parte de la sociedad. Ayudar a los vecinos era una necesidad mía, me hacía sentir bien. No es algo como “tengo que hacerlo para que me respeten porque soy trans”. No. Es una vocación que tenía guardada. Me encanta ayudar a la gente, soy feliz si puedo solucionar problemas, si puedo desenvolverme en espacios donde a la gente le es difícil hacerlo. Me sentía bien conmigo y los vecinos me respetaban y valoraban.

En la militancia, a veces te llaman para ciertas cosas porque eres trans, porque se necesita una representante que sea trans, que sepa hablar y sea bonita, por ejemplo. Hay manipulación y utilización dentro de las instituciones. Acá, nadie me obliga a hacer nada. El que sea trans no es tema porque acá soy yo/persona, yo/individuo. No yo/la trans.

En mi comunidad trans me preguntaban cómo me trataban los vecinos, que me decían. Hay compañeras que todavía piensan en comunidad trans y comunidad cis. Me preguntaban: “¿Te vai a meter a las reuniones donde hay puros vecinos? ¿Y te respetan?”.

Al principio hubo situaciones en las que sí me sentí trans. Por ejemplo, la primera vez que fui a una reunión, un señor me saludó de beso en la mejilla y cuando supo que era trans, se despidió con un chao, nomás. O cuando me dijo un vecino: “Tú eres mujer... pero eres hombre y tienes pene”. Son instancias en las que me digo: “Sí, soy trans”. En todo caso hoy eso no es tema, no entro a una reunión porque soy trans. Entro porque pertenezco a una junta de vecinos, tengo un cargo en esa junta y vengo en representación de los vecinos, por sus necesidades. Es otro enfoque, totalmente.

## VILLA JAIME EYZAGUIRRE: LA CANCHA DE FÚTBOL

En el colegio una es muy agredida. Hay cero respeto. Los profesores exigen e inculcan el respeto, igual que los papás. Una se satura de tanto respeto y se pregunta: “¿Y qué pasa conmigo? ¿No tengo derecho al respeto, no soy digna de respeto? ¿El respeto no corre para mí?”. El respeto es algo que ves pasar pero nunca llega a ti. Lo buscas, en situaciones mínimas necesitas que se reconozca que estás ahí, que vales. Una pasa por etapas de resentimiento, se molesta con la sociedad y autocanaliza esa

rabia, se enoja con una misma. Y piensa: “Todos tienen respeto, se comunican y necesitan. En cambio yo estoy afuera, nadie me necesita, nadie me respeta. Entonces, quizás no debo existir, no soy parte de la sociedad”. Una busca a las pares y dice: “A ellas tampoco las respetan, las vulneran igual que a mí”. Con el tiempo, descubre que no solamente nosotras no tenemos respeto sino que muchas personas no son respetadas y son vulneradas a diario. Descubre que hay personas que tienen un color, un acento o una ideología distinta y tampoco reciben respeto. Descubre que no es solamente una palabra que desconocía sino que es una palabra universal que afecta a toda la humanidad.

La etapa del colegio fue larguísima, fue terrible. Para la mayoría de las compañeras trans es una etapa terrible. Muchas dejan de estudiar por eso mismo. Es el proceso más difícil porque una está con otros niños, educados de una manera diferente, con padres heterosexuales o cisgénero. Una también tiene padres heterosexuales y cisgénero y no hay esa conexión que permita contarles cosas a los papás o decirles lo que está pasando. Son procesos que tampoco ellos conocen. Entonces te aíslas, no solamente de lo externo sino también de tus padres. Ellos tampoco van a entender, quieren que hagas lo que hacen los demás niños para que no te molesten.

Mi madre me decía: “Ojalá fueras como todos porque así no me estarían llamando del colegio a cada rato, la profesora no me estaría citando, no tendría que estar yendo a la psicóloga... me traes tantas complicaciones porque eres distinto”. Yo tenía once o doce años y a ella la llamaban del colegio porque yo no me juntaba con los niños, estaba con las niñas y me maquillaba. Había talleres de crochet para las niñas y los niños tenían que hacer volantines. Yo estaba con el crochet. La psicóloga decía que yo tenía mucha tendencia femenina y que por eso los niños me molestaban y agredían todos los días. La psicóloga le dijo a mi mamá que ella era la responsable de que yo fuera así y que tenía que cambiarme en la casa porque en ese lugar se hacían los niños. Mi mamá se sentía tan mal, tan desdichada... Por otro lado, mi padre era machista y la culpaba: “Tu culpa es, porque si él tuviera mis características y actuara como yo o como sus hermanos no tendría problemas”.

La psicóloga me mandó a un psiquiatra. Según ella, mi problema era muy complejo y necesitaba terapia para cambiar. Mi mamá se complicó. Teníamos una situación precaria y no sabía de dónde iba a sacar dinero para llevarme a un psiquiatra. Que la psicóloga dijera eso, le hizo pensar a mi madre que lo mío

era muy grave, que iba más allá de que los compañeros me golpearan en el colegio, simplemente. Mis hermanos pensaban que si tenía que ir al siquiatra era porque estaba loco.

Mis compañeras eran mis guerreras, me protegían. Venían mis compañeros a golpearme y ellas no rompían filas. Eso, que era bueno, para mí también era malo porque hacía que mis compañeros tuvieran más ganas de golpearme, era una obsesión. Me golpeaban cuando estaba solo, cuando iba llegando o me iba yendo del colegio. Nunca me les enfrenté, a lo máximo cacheteé a uno o les tiré el pelo pero nunca me agarré a patadas o terminé en el suelo peleando con uno de ellos. Si terminaba en el suelo, ahí me quedaba porque eran muchos. Era imposible que yo peleara. Si enfrentaba a estos chicos, sabía que se me iban a venir encima muchos más, así que prefería quedarme quieta ahí.

Mi padre preguntaba: “¿Por qué no te paraste y les pegaste?”. Era doloroso para mí que mientras estaban estos chicos golpeándome, mis hermanos se pasearan sin defenderme, sin ayudarme. Observaban, nomás. Yo llegaba golpeada y llorando a mi casa y los acusaba. “¿Por qué no lo defienden?”, preguntaba mi mamá. “Es que este es maricón”, contestaban ellos. Eso cambió con mis hermanos porque me empoderé con el tiempo, era activista y salía a las marchas. Mis hermanos me veían en la televisión en las primeras épocas de mi militancia. De repente me entrevistaban y yo reivindicaba los derechos ante las cámaras. Cuando llegaba a la casa me miraban como diciendo “este se las trae porque si es capaz de salir en la televisión...” Ellos jamás se hubieran atrevido a hacer esas cosas. Me vieron en otro contexto, empoderada y segura. Por ahí empezaron a validarme, a respetarme, a dirigirse distinto a mí.

Una vez, en una conversación, mi hermano menor me dijo: “Siento mucho no haberte defendido”. Me quebré. Yo tuve siempre una actitud fuerte y fría con mis hermanos. Cuando sufrían y tenían problemas, no me acongojaba. Muchas veces estuve mal y ellos jamás me apoyaron, entonces si ahora estaban sufriendo era porque se lo merecían. Estaba vengándome. Pero mi hermano menor me dijo: “Lo siento. Muchas veces vi cuando te molestaban pero no me atrevía a defenderte porque tenía miedo. Si te defendía, me iban a molestar a mí”. Entendí que no solo yo sufrí violencia y quizás no veía cuando los violentaban. Ya los molestaban por ser mis hermanos y les hacían burla. Les tienen que haber puesto sobrenombres... Su sufrimiento era distinto al mío, en otra escala, pero también lo pasaban mal porque tenían un hermano diferente, un hermano al que todos querían pegarle. “Yo veía como te molestaban y a mí ya me molestaban.







Éramos chicos”, dijo mi hermano. Mi hermano mayor nunca hizo comentarios al respecto, nunca me dijo nada. Ahora tenemos una buena relación pero no una relación de confianza. Somos hermanos, nomás. Con mi hermano menor tengo otra conexión. Si se enferma, por ejemplo, estoy preocupada, pendiente.

En mi casa todos querían que cambiara. Mi padre insistía en que tenía que ser como él o mis hermanos, salir a la calle, jugar a la pelota. Yo salía a la calle pero a jugar con mis amigas al luche o a saltar. Mi padre no dejaba que jugara con chicas, mi mamá sí. Mis amigas me iban a buscar y mi mamá a veces me negaba y otras me ayudaba a salir y decía: “Que tu papá no te vea. Y si te ve, te escondes”. Estaba con amigas en mi pieza y mi mamá golpeaba la puerta y me avisaba que venía mi papá. Mis amigas tenían que salir volando.

Mi papá siempre fue bueno para beber, entonces era doble riesgo. Llegaba investigando quién estaba en la casa. Mi mamá era mi cómplice. Lo fue hasta antes de que mi padre muriera, aunque nunca ha dejado de llamarme Carlos. Hasta el día de hoy es mi cómplice.

Mi padre se complicaba porque decía que yo, siendo hombre, no le iba a dar nietos. Era lo que más sentía, le daba pena y nostalgia no tener descendientes por mi parte. Era por lo que se entiende es el rol social del hombre y la mujer en la sociedad heteropatriarcal.

Cuando yo tenía dieciséis años, mi padre le dijo a mi mamá: “Yo lo voy a cambiar”. “¿Qué vas a hacer”, preguntó ella. Mi papá siempre me golpeó mucho y ahora veía que con los golpes no le resultaba lo del cambio. Ese día me sacó de la casa y mis hermanos salieron detrás, muertos de la risa. Llegamos a la cancha de fútbol. Había muchos amigos de mi papá, puros hombres. Me sentía horrible porque arrancaba de los hombres de mi colegio, entonces, que me llevara a una cancha donde había puros hombres...

Me pasaron un equipo de fútbol, me acuerdo, un short cortísimo, unos zapatos espantosos. “Vístete porque si no, mi papá te va a pegar”, dijo mi hermano. Yo lloraba. Él me ayudaba a ponerme las calcetas y yo me saqué todo para arriba y me tapaba para que no me vieran. “Pero si soi hombre, qué te tapai tanto” decía mi hermano. Tocaron un pito y mi padre me tiró al medio de la cancha. Yo jamás había entrado a una cancha de fútbol ni había jugado a la pelota. No sabía qué hacer. Estaba parada al centro y veía a un grupo de chicos que corrían para acá y otros para allá. Mis hermanos gritaban: “¡Corre, corre que mi papá te va a

pegar!”. Mi padre gritaba pero no lo oía, solamente le veía los labios. Yo pensaba: “Qué hago si no sé para dónde correr”. Entonces pesqué una varilla y empecé a dibujar flores, soles, árboles. Pasaban los cabros y yo seguía dibujando. Mi mamá todavía se mata de la risa cuando se acuerda. Tocaron el pito y yo tenía la cancha llena de dibujos. Vino un tipo de negro que era el árbitro. Me pescó de un ala, me llevó donde mi papá y le dijo: “Llévate a tu cabro, está puro dibujando flores en la tierra”. Mi papá me pescó del pelo y me trajo arrastrando de la cancha, que estaba como a tres cuadras de mi casa. Venía furioso diciéndome que yo era la vergüenza, que por culpa mía nunca más iba a poder volver a su club deportivo, que sus amigos se iban a burlar. Después, cuando se embriagaba, se acordaba de lo que había pasado y llegaba hecho una furia. Mi mamá tenía que esconderme.

Después de eso, mi papá estuvo como dos meses alejado de la cancha. Tomaba con sus amigos de acá cerquita, nomás. Igual llegaba enojado, igual me agredía. Después volvió a la cancha otra vez y llegaba más enojado porque ahí estaban los amigos que habían presenciado todo y lo aleonaban. Llegaba gritando que yo era una vergüenza, que podía haber muerto... Fue un proceso muy difícil. Yo pensaba que si él me golpeaba me lo merecía porque lo había avergonzado. Yo debía haber corrido, no haber dibujado y mi papá estaba más alcohólico, seguramente por culpa mía. “No”, decía mi mamá, “ése toma porque quiere, yo lo conocí así, no te echis la culpa”.

Mi mamá me defendía y le llegaban a ella los combos y las patadas. Me sentía horrible. Pensaba que por ser así, mi mamá tenía que aguantar que mi papá la golpeará. Me sentía morir. A veces me metía al medio para que no la golpeará porque a las finales, yo era la causante y ella salía agredida. Eso me dolía, me preguntaba por qué tenía que ser distinta, por qué fui así, por qué no fui hombre o mujer, sino que quedé al medio. Cuando voy a charlas y hablan sobre el alto índice de suicidio de los adolescentes trans, lo entiendo perfectamente porque intenté muchas veces tomar pastillas, inyectarme cosas. Una quiere desaparecer. Te sientes tan mal porque otra persona tenga que sufrir y aguantar humillaciones o golpes... “No debería existir”, piensa una, “si no existiera, esto no pasa más”. Morir es la única solución que ve: “Si no estoy, esto se acaba, dejo de sufrir y deja de sufrir mi mamá, mis hermanos, mi papá.”

Trabajar con la comunidad me dio una posición distinta en mi casa. Se me valoró más por parte de mi madre y mis hermanos. También por mi padre, antes de morir.

## VALDIVIA: FRENTE AL RÍO CALLE CALLE

Mi papá me agredió físicamente hasta grande. Paró porque yo me defendí, ya no lo dejé. Como llegaba ebrio, lo empujaba, le hacía zancadillas. Mi mamá estaba más empoderada, yo estaba más grande. Había otra conexión con mi mamá porque ella había ido entendiendo. Antes, ella pensaba que yo iba a madurar y cambiar pero en ese tiempo mi mamá ya sabía que eso no iba a pasar. Le decía a mi papá: “Lucho, no va a cambiar”. Y él insistía en que sí.

Me fui varias veces de la casa por esta situación. Cuando tenía veintidós años fue la última vez que mi padre intentó pegarme. Lo enfrenté y lo empujé. Se metieron mis hermanos a pegarme sabiendo que me estaba defendiendo de mi padre. Entonces decidí irme de la casa. En ese momento había terminado la enseñanza media que fue muy difícil y pensaba que estudiar era estar en una institución en la que me iban a seguir violentando y debía aguantar. Estaba en el proceso de decidir si me quedaba así o era valiente y entraba a una institución a estudiar nuevamente. A enfrentar otra vez lo que ya conocía.

Yo tenía un amigo que viajaba al norte y al sur. Me contaba que había lugares tan bonitos... En una oportunidad me contó que había ido a la Semana Valdiviana y que allá llegaban buques con unos marineros hermosos, enormes. Él me lo comentó y era mi sueño idílico: un buque lleno de hombres, marinos blancos, hermosos. Quería conocer marinos porque los había visto en la televisión. Cuando pasó lo de mi padre y decidí irme, recordé lo que me había contado mi amiga y todo se articuló. Pensé: “Buques... marinos... ¡Ah, no! ¡Yo me voy al paraíso!”

Ubiqué a ese amigo. Me preguntó si tenía plata para el pasaje y yo no tenía nada. Me había ido de mi casa de noche, arrancando, con apenas una mochila. No podía pedirle plata a mi mamá o a mis hermanos. Le dije que por último, hiciéramos dedo. Pero él tenía algo de plata así que nos juntamos en el paradero y compró los pasajes. Allá no teníamos qué comer pero estábamos viendo marinos hermosos. Estábamos en el mercado, en el Calle Calle y las tripas nos sonaban... pero había marinos hermosos. Las compañeras que conocí allá nos prestaban ropa y estábamos ahí pinchando con los marinos. Era mi sueño. Con esas chicas trans salíamos en las noches e íbamos a los bares donde iban los marinos.

En Valdivia también lo pasé mal porque tuve hambre. Ese año allá me sirvió para ver la realidad. Conocí chicas trans que se prostituían para sobrevivir y tuve que hacer lo mismo.





Compañeras con VIH... Me di cuenta de que en mi casa tenía un plato de comida, que mi mamá me daba y yo no tenía que salir a buscar. Mi casa era un lugar seguro. En cambio afuera había que sobrevivir.

A pesar de eso, me desconecté de mi familia. Una tía de mi amigo lo llamó un día y le dijo que mi familia se había contactado con ella, que me andaban buscando y habían puesto una denuncia por presunta desgracia. Yo era mayor de edad y no podían obligarme a volver pero vi una preocupación de su parte, principalmente de mi mamá. Por eso llamé a la tía de mi amigo para saber de mi mamá y después hablé con ella. Mi mamá lloraba y decía: “Vuelve, tu papá y tus hermanos están arrepentidos porque te pegaron y dicen que no lo van a hacer nunca más”. Un mes después volví a Santiago. Me fui a vivir con mi abuela y después con una tía. En total, estuve tres años viviendo fuera de mi casa.

Mientras viví con mi abuela, muchas veces fue mi papá curado a buscarme, insistía en que volviera a la casa, decía que estaba arrepentido pero iba ebrio y mis hermanos no me pedían disculpas. Hasta que mi mamá se enfermó. Decidí volver, entonces. También empecé a militar más fuerte porque tenía otra visión. Había visto la realidad de mis compañeras en Valdivia, tuve experiencias cercanas de compañeras con VIH, una realidad con la que nunca había tenido contacto. Milito desde chica y era todo bonito, puro glamour, plumas, maquillaje... Pensaba que era bacán militar, ir a las marchas, que me entrevistaran, decir que nosotras las trans queremos esto y lo otro. Pero en Valdivia vi una realidad distinta: la de las trans que viven en la calle, las que tienen que prostituirse, las que están con VIH. En ese momento pensé en los buques y los marinos y con cuántos me había metido. Me cayó la teja de los riesgos y la realidad de ellas, que me contaban sus historias, me aconsejaban que me cuidara, que usara preservativo y no fuera promiscua. Entonces, cuando me decían eso, yo pensaba por qué no había sabido estas cosas antes. Creí que podía ser tarde y tenía pánico de hacerme el examen de VIH, prefería no saber. Justo en esos días, en Valdivia hubo un operativo de test de ELISA. En ese tiempo, los resultados se demoraban un mes. Por eso me quedé más tiempo allá, esperando eso. “Si me voy a Santiago, me voy sabiendo lo que pasa conmigo”, pensaba. Gracias a Dios, no tenía el virus. Entonces sentí que mi vida empezaba de nuevo. De cero. Sin el virus, tenía otra oportunidad de vida. Tenía que cambiar. Me vine con otra mentalidad y me propuse no ser rencorosa, seguir militando y ver qué otras cosas podía hacer en Santiago.



Las experiencias de vida de las compañeras de Valdivia me afectaron demasiado. Habían sufrido en el colegio, habían sufrido con su familia y más encima, terminaron con VIH. En esa época el diagnóstico del VIH era lapidario, no tenía vuelta. Yo había sufrido mucho pero podía seguir viviendo. Entonces, mi militancia ahora era distinta. En las primeras marchas me preocupaba por verme hermosa pero era una marcha estéril para mí porque no conseguía nada. Ahora iba a las marchas sabiendo por qué peleaba, sabía que la pelea que teníamos que dar, aparte de la LIG, eran los derechos laborales, derechos en salud para las compañeras que tenían VIH y no las atendían, por ejemplo. Pienso que la forma en que las atendían era como mendigar porque eran trans. Empecé a ver y sopesar el “pero”: “Ella está enferma y tiene VIH pero... es trans”. Eso es hasta hoy. Tengo compañeras con VIH y las atienden pero siguen con el “pero”. Están dentro de una comunidad con VIH pero... ellas son trans. Ese “pero” las desmarca.

#### CONDELL 343: ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

En mi trabajo con los vecinos, iba al municipio, a seminarios, iba a la Moneda con la presidenta y veía a profesionales que se expresaban bien, hablaban bien de los distintos temas. Conocí a estos compañeros que son profesores de diferentes aéreas y los veía tan instruidos, tan educados, hablaban tan bonito... Aunque siempre me ha gustado leer, me faltaban herramientas, me quedaba coja en ciertos aspectos. Supe que necesitaba conocimientos si quería hacer un trabajo bueno, óptimo y positivo en la comunidad. Tenía que estudiar, quería estudiar. Pero no sabía cómo hacerlo y pensaba que no iba a dar abasto.

Busqué en internet, que ayuda mucho, lo que pudiera entregarme más herramientas y así llegué a Trabajo Social. Averigüé de las universidades, conversé con uno de los chicos de la casa en que trabajaba y que estaba por dar la PSU. Me enteré que existía el FUAS, la gratuidad y otros beneficios que dependían de la vulnerabilidad, de los ingresos familiares. Justamente en esa época, el Movimiento Internacional de Trabajadores hizo un taller y pasaron un documental sobre la revolución bolchevique. Quedé fascinada. Investigué la historia de los líderes, los sistemas políticos europeos, el socialismo, el marxismo... Derivé al humanismo cristiano. Y dije: “Me gusta”.

Estaba leyendo sobre la Academia de Humanismo Cristiano cuando vino un compañero que trabaja en otra sede de la

universidad y me dijo: “Me contaron que andas buscando universidad. ¿Por qué no te metes a la Academia? Anda a averiguar allá mismo y si quieres, te puedo concertar una entrevista con una chica que trabaja en la sede de Condell, donde está la carrera de Trabajo Social”. Creo que el universo y el destino articulan todo.

Me animé y fui a conocer la universidad. Iba temerosa porque era un ambiente estudiantil, podía pasarme lo mismo que me había pasado en el colegio. Pero también me decía que son otros tiempos y tenía que probar.

Quedé fascinada con la Academia. Me gustó todo. Averigüé sobre los requisitos, lo que se exigía, cuál era el patrón para ingresar. Hice los trámites y tuve que ponerme al día porque llevaba mucho tiempo sin estudiar. En la junta de vecinos siempre estudiaba pero eran reglamentos, estatutos... Esto era diferente.

Después sopesé mi situación. Trabajaba en una casa particular. Aunque era puertas afuera, estaba todo el día ahí y me pagaban poco. Luego, corría a las reuniones. ¿En qué momento iba a estudiar? Estaba complicada. Si estudiaba, quizás tendría que dejar botada una de las dos cosas. “Me voy a triplicar”, pensé, “Lo voy a lograr, voy a hacer las tres cosas”. Agrandada yo, no quería dejar mi comunidad ni mi trabajo y además, estudiar. Claro, tenía la visión de que iba a ir a clases, después llegar a mi casa a dormir y al día siguiente ir a mi trabajo y a las reuniones.

Fui a la entrevista en la universidad, di unos exámenes y me llamaron por teléfono para decirme que tenía que ir a conversar con la profesora que me había entrevistado. Ella necesitaba saber por qué yo quería estudiar Trabajo Social, cuál era mi motivo, mi objetivo. Después me llamó. “Tengo buenas noticias”, dijo, “Evaluamos tu situación y vimos el resultado de tus exámenes. Quedaste seleccionada”.

En la micro, me preguntaba si estaba preparada para esto. “En qué me metí ahora”, pensaba. En la universidad, la profesora me presentó a unos alumnos y me recibieron bien. Me gustó esa interacción, esa dinámica y me vine con todo el espíritu y la actitud universitaria.

Cuando llegué acá, mi mamá iba a la feria. “Mami”, le dije, “me aceptaron en la universidad”. Ella no me creyó y se fue a la feria, nomás. Ya en mi casa, recién pensé en cómo iba a pagar. Claro, me acordé de la gratuidad y averigüé por internet. Cuando mi mamá llegó, me preguntó: “Ya, poh, dime qué vas a hacer, en qué te metiste”. Le respondí que era verdad que me habían aceptado en la universidad. No me creía. Bajé a almorzar y





me preguntó qué iba a hacer en la universidad. “Estudiar, pues, mami”, le contesté. “Pero a estas alturas... ¿cuántos años son?”. “Cinco”, le dije. “¡Cómo se te ocurre! ¡Tú estai loco, Carlos!”. “Son cinco años, porque es universidad”, dije. “Pero anda hablar allá para que sean dos o tres años, entonces”. “La cosa no es así, mami. Con dos o tres años queda incompleto, está estipulado que son cinco”, le dije. Tengo arriba de cuarenta y cinco años y me cuestioné estudiar una carrera universitaria a esta edad. Por eso también, mi mamá decía que cómo se me ocurría estudiar ahora. “Pero es algo que se dio ahora”, dije, “cómo lo iba a hacer antes. Antes no trabajaba en la comunidad como ahora, por eso me nació la necesidad. Necesito herramientas porque me gusta mucho trabajar aquí”.

Y ahí estaba mi mamá, preocupada pero contenta.

Hablé con mi patrona. Necesitaba que me pagara en la fecha. A veces se atrasaba unos días y yo necesitaba la plata segura para pagar la universidad. También necesitaba salir a las 17:00 porque entraba a clases a las 18:30. Mi patrona tenía dudas de si en ese horario iba a alcanzar a hacer todo. “Si entro bien temprano en la mañana, alcanzo”, aseguré. Me dijo que los lunes, miércoles y viernes tenía que dejar el aseo hecho y la comida era muy importante para ella. Yo tenía que cocinar tres menús todos los días: vegetariano, carnívoro y vegano y era lo que me daba más quehacer.

Empezó mi año. Los primeros días, los compañeros hablaban de los cronogramas. Cuando los vi, y también las lecturas y lo que había que estudiar... me di cuenta de que realmente no podía abarcar tres cosas. La clase, la cátedra, es la punta del iceberg pero lo demás es tuyo, el profe te explica pero lo demás lo armas tú en tus tiempos. Era mucho. Me levantaba estudiando, leyendo y haciendo trabajos, iba a trabajar, armaba los tres almuerzos... La entrega de trabajos tenía plazos y horas. Un minuto de atraso significaba la nota más baja. Entendí la seriedad y la rigidez de un estudio universitario.

Tuve un altercado con mi patrona porque ella sintió que yo estaba descuidando algunas cosas. Ahí le dije que no iba a poder seguir, que necesitaba más tiempo. Llevaba diecisiete años trabajando en su casa, había cumplido un ciclo y era momento de cambiar mi vida y hacer algo para mí. Elegí quedarme con mi trabajo comunitario y el estudio. Y me enamoré de la carrera. Me gustó tanto... a pesar de que había que leer y estudiar mucho, me gustó lo del conocimiento, estar con esos profesores y personas tan inteligentes, que sabían tanto. Me obsesioné con la



universidad, estaba encantada y no extrañaba mi trabajo de antes. Quería puro estudiar.

Mis compañeros acá son todos egresados y me apoyan, me entienden, lo que es muy importante. La señora Giovanna siempre me decía: “Carla, eres un diamante en bruto”. Cuando me ve estudiar dice: “Carlita se está puliendo. Cuando yo la vi, sabía que tenía potencial”. Estoy en segundo año de la carrera y aunque no puedo comprometerme en actividades comunitarias en la semana, los fines de semana sí puedo.

Cuando terminamos el primer semestre mis compañeros estaban estresados, con sicólogo, porque el estrés era grande. Había algunos que decían que nunca pensaron que Trabajo Social era tan difícil. Otros estaban ahí porque en el trabajo les habían dado una beca y creyeron que sería fácil. Muchos estaban pensando si seguían el segundo semestre o se cambiaban de carrera.

En julio del año pasado le conté a mi comunidad trans que estaba estudiando. Las compañeras, contentas, decían: “Qué bueno que haya una trabajadora social trans. No te olvides que nosotras somos prioritarias, tú nos vas a ayudar. Necesitamos una persona trans dentro de las filas porque quién mejor que ella va a conocer lo que vivimos”. Y es así. Si una trans le dice a una trabajadora social trans que se prostituye para sobrevivir, esa trabajadora social sabe a qué se está refiriendo y una trans se va sentir más segura de contarle porque sabe que la trabajadora social también lo pasó, están en la misma sintonía.

Quiero ser trabajadora social porque conozco las problemática de las trans y sé (porque todo evoluciona, porque llevo mucho tiempo siendo trans y trabajando en el ambiente de la diversidad), que cuando termine de estudiar va a haber otras estructuras, otras instituciones pero el cambio cultural es lento. Siempre va a haber patrones de conducta que se van a repetir. El patriarcado, la estructura hetero, el binarismo... no los vamos a cambiar en poco tiempo si hasta ahora (más de quinientos años), no hemos podido cambiarlos. Mucha gente piensa: “Eres trans. Eres mujer pero naciste hombre”. Esa concepción no la vamos a cambiar. En los trabajos va a haber cambios pero nos vamos a enfrentar a otro tipo de problemas, a otras situaciones difíciles. Sería utópica si pensara que en cinco años más no va a haber violencia o vulneraciones hacia nosotras. Hay agresiones todos los días hacia el Otro, siempre va a haber vulnerabilidad, siempre va a haber atropellamientos de los derechos del Otro. Y ahí quiero estar yo.

Un profesor nos dijo el primer día de clases algo muy cierto: “Chiquillos, les aconsejo que empiecen a preparar su tesis. Tienen cuatro años. Desde el momento que pisan la universidad deben tener un enfoque, saber a dónde van. Los conocimientos deben alinearlos en esa dirección porque así, cuando lleguen al final, van a tener la película clara y nadie les va a imponer qué hacer”. De partida, yo no sabía lo que era una tesis. Una compañera me dijo que era el examen final. Y pensé que faltaba tanto y que no teníamos conocimientos para hacer una tesis. Pero yo sabía para dónde quiero ir: voy a en dirección a mi comunidad trans pero inserta en la comunidad ciudadana

Todo lo que aprendo lo enfoco en mi matriz. Siempre busco conocimientos que me puedan servir para mi tesis y veo cómo puedo articularlos. Por ejemplo, José Bengoa dice que hay un nuevo diálogo sobre la comunidad indígena. Por un lado está el indígena tradicional y por otro, el urbano. El tradicional está dispuesto al diálogo y posee el conocimiento. El urbano lo recuerda. Bengoa dice que ese diálogo está en constante interacción. Las trans estamos arraigadas en nuestra tradición e inmersas en nuestra comunidad pero estamos en un proceso de modernidad en el que debemos dialogar, expandirnos, salir y hacer ese puente. Una no tiene que perderse como trans pero hay que estar inserta en la sociedad y hacer ese diálogo.

Estaba leyendo un libro que habla de las violencias que nosotras hemos pasado. La Katty me contaba cómo exterminaban a las trans en la dictadura. Así como hacían desaparecer al común de la gente, eliminar una trans no era delito. En reportajes o documentales de esa época muestran a las familias de las víctimas, que tuvieron que hacerse detectives o abogados para dar esa lucha. Las familias tuvieron que aprender muchas cosas para poder llevar esa lucha por las víctimas. En cambio a las trans que fueron víctimas, hasta el día de hoy nadie las ha buscado. Por eso se hizo el mausoleo trans. La Silvia me contaba que hay compañeras que están meses en el Instituto Médico Legal y nadie las reclama porque se van de sus casas y nadie les hace seguimiento. Es algo normal y no debería serlo. Pero... “Es normal porque es trans”

Ha habido un cambio en la sociedad chilena. Podría decir muchas cosas pero lo resumo en una sola palabra: “respeto”, que para nosotras es muy importante. Desde que nacemos sabemos que existe el respeto pero no sabemos qué significa. Te enseñan que tienes que respetar a tus padres, a los adultos mayores. Te crías en la concepción del respeto “hacia”. Te acostumbras y



cuesta mucho encontrar el “desde”. Una se va construyendo y dándose cuenta de que es distinta. La sociedad te inculca que como eres distinta, no puedes pedir lo mismo que los demás. Estás fuera. Y una dice: “Quizás me lo merezco por ser distinta”. Después, se aprende que es una es disidente.

Hoy no siento culpa por absolutamente nada y lo logré porque salí de mi burbuja. Antes iba del trabajo a mi casa y a las marchas. No tenía más horizonte. Cuando las compañeras me decían que había megáfono abierto, me ponía a gritar que el patriarcado, la injusticia social, la inclusión laboral, que la sociedad, el Estado... muchas cosas. En realidad tenía rabia. Lo veo en otras compañeras cuando llegan los periodistas y les preguntan si son travestis, transgéneras, transexuales. Se violentan. Es porque no se han aceptado, sienten culpa y canalizan esos sentimientos en la rabia hacia el Otro que les hace la pregunta. Cuando hay culpa no se puede ser feliz. Eso se termina cuando logras un equilibrio, cuando te aceptas, te quieres y te amas.

Gracias a Dios, al universo y a todo lo que he vivido, soy la que soy. Me paro frente a la gente a plantear mis ideas, mi ideología. Lo hago porque no siento culpa. Lo que viví fue un proceso que superé. Lo que me ayuda a mantenerme firme es mi convicción acerca de lo que quiero, mis objetivos y estar relacionada con tanta gente. No se puede ser individualista.

Hoy puedo decir que soy una mujer trans y me siento plena.  
Ésta soy yo.





## Otras Vidas

### Activismo y Resiliencia Trans en Chile

“Pero si una tenía a un hombre en la cárcel, era diferente. Ahí una se hacía caer presa, una misma iba a pedir que se la llevaran presa pa ir a ver al hombre. Eso era más bonito. Una lo pasaba bien cuando caía por cinco días, por ejemplo. Le mandaban cartas de amor, queques, tortas, carne. Una comía bien, se hacía la mina y los hombres se peleaban por una adentro.”

Katty Fontey

“En San Camilo primero había mujeres. Ellas traían a los colas pa que les hicieran el aseo y cocinaran. De repente faltaban mujeres y las viejas cabronas hacían que los colas se vistieran de mujer pa ganar plata. Ahí las cabras agarraron papa porque tenían más posibilidades de ganar plata: a los huevones les gustaban los travestis. Las mujeres con pene empezaron a tomarse las calles.”

Silvia Parada

“Mis compañeras eran mis guerreras, me protegían. Venían mis compañeros a golpearme y ellas no rompían filas. Eso, que era bueno, para mí también era malo porque hacía que mis compañeros tuvieran más ganas de golpearme, era una obsesión. Me golpeaban cuando estaba solo, cuando iba llegando o me iba yendo del colegio. Nunca me les enfrenté.”

Carla Sepúlveda

Proyecto financiado  
por FONDART, de  
asignación Regional RM,  
convocatoria 2020

